ANTWERPEN

Vicente Chavarría

Image not found.

Capítulo 1

EN MEMORIA DE RAMÓN TORRUBIA. Leí con incredulidad y angustia en la hoja arrancada del diario, encima de la mesa de chapa de latón que nos servía para doblar y amontonar las sábanas una vez las sacábamos de la secadora. La esquela no destacaba entre las siete que cubrían la totalidad de la página 79 si no fuera porque ocupaba la esquina inferior derecha. Y porque todas las demás mostraban una cruz negra en el encabezamiento. La que notificaba el deceso de Ramón no destacaba ningún símbolo religioso. Solamente el texto anterior en negrita con una tipografía similar al resto de necrológicas. Ese detalle llamó mi atención. Siempre había creído, a pesar de todo, que era un hombre religioso. Mantuvo en varias ocasiones que la fe cristiana y su ética era uno de los principales faros en su vida, aunque no fuera asiduo al culto.

Fue lo que me llevó a conjeturar, antes de leer el cuerpo de la esquela que se situaba inmediatamente debajo, que se trataba de otro Ramón Torrubia. No del Ramón Torrubia que yo conocía y con el que había compartido penurias, desventuras y alguna puta los últimos meses. El mismo Ramón en quién confiaba para salir del apuro en el que mi mala cabeza me había hundido. Los tambores de las máquinas de la lavandería seguían funcionando a mis espaldas y un ruido sordo salido de alguna de ellas desvió por un momento mi atención.

Bajé la vista hacia el cuerpo explicativo, porque era sólo uno, de la comunicación del fallecimiento. No se detallaba cuando se había producido, ni había mención alguna a sus dolientes, lo que apresuró mi preocupación. Ni esposa, Ramón era soltero; ni hijos, ni siquiera unos apenados sobrinos. Que yo conociera, tal como parecía deducirse de la esquela, no tenía familia. Nadie se significaba como el deudo que la había encargado y en un periódico de alcance nacional nada menos.

Podía tratarse de Ramón, concluí con abatimiento, porque si era cierta la circunstancia que el texto sugería, su defunción, entonces mis problemas se habían acrecentado exponencialmente.

Busqué en el encabezamiento de la página la fecha del periódico pero unos oportunos desgarros impedían conocer cuando salió a la luz. Por el carácter amarillento y algo ajado parecía una edición ya con varios meses de antigüedad pero semejante impresión contradecía los datos recientes que tenía de él. Ese pensamiento me animó. Aunque ya hacía varios meses, casi un año, que no había hablado personalmente con Ramón, las noticias que de él me traía Judith cada día 7 en meses alternos me tenían al corriente de sus esfuerzos para liberarme de las cadenas que me apretaban. Veinte días antes me había mandado sus saludos, en el último

rendez-vous –prefiero llamarlo así para evitar el penoso nombre, también de origen francés, que se suele dar a estos encuentros-, que ella y yo tuvimos, cuando intenté acariciar sus manos con las mías presa de un súbito amor que no cuadraba con mi conocida incapacidad para demostrar mis sentimientos. Alexitimia, aseguró el psiquiatra que me trataba de mis múltiples desvaríos. Creo que ella se emocionó como en nuestros primeros encuentros. Aunque también pudiera ser que mis deseos se confundieran con la verdadera realidad en mi mente descabalada.

El único texto que acompañaba bajo el encabezamiento me sonó extrañamente familiar cuando lo leí en voz alta, amparado en la soledad de la lavandería y el estrépito del proceso de centrifugado. Un párrafo al mismo tiempo intrigante y desabrido: Echamos a patadas al viejo Mago. Que sus huesos se pudran en el desierto y su polvo regrese al polvo. Ya nunca más veremos su cara, la grotesca peluca rubia, la mirada torva de cerdo. Se hizo justicia. En buena hora lo echamos.

Mis manos temblaron y el papel empezó a bambolearse al ritmo del movimiento. Ramón era rubio, con una melena abundante que llamaba la atención por su color, amarillo turbio, y su desaliño. Judith se apostaba con cualquiera que quisiera aceptarle sus dineros que se trataba de una peluca; pero nunca nadie consiguió verificar su sospecha. Tendré que acostarme con él para comprobarlo, solía zanjar el tema cuando chismorreábamos de Ramón tomando cervezas en la taberna cercana al puerto mientras le esperábamos, cercano ya el día señalado. Todos, incluido el hombre lúgubre, rieron su ocurrencia menos yo por razones más que evidentes.

Y la mirada de Ramón. Nunca se me había ocurrido calificarla como torva, aunque tengo que reconocer que tampoco era diáfana. Siempre creí que era inquisitorial, como la de los cardenales en un cónclave en busca de una oportunidad; aunque su nariz fuera chata con las fosas nasales frontales, y no ganchuda como el pico de los buitres. Así miraba él. Pero esa habilidad siempre me pareció una virtud que nos podía ayudar en algunos apuros.

Como ya he dejado dicho, el papel prensa amarilleaba un poco, por lo que supuse que su impresión era muy anterior a la fecha en la que nos encontrábamos. Las dobleces que se marcaban acentuaban la vejez de la noticia. Sin duda, el recorte había permanecido plegado durante tiempo en el bolsillo de quién lo hubiera dejado en la mesa.

Sostuve la página arrancada del diario y la volví, cómo si en su parte posterior, página 80, se encontrara la solución al enigma que la necrológica me había planteado. Pero sólo encontré la sección de anuncios por palabras con alguna mancha aceitosa, con olor a queso, que no había llegado a destacarse en la cara anterior y una elipse roja, delineada con rotulador grueso, enmarcando una oferta. Se pone a la venta ejemplar de

Mèmoires de Jean-Baptiste Rancoule[1]; impreso en la imprenta de la Officina Plantiniana en 1613 en Amberes.

He de reconocer que la mención del nombre de la ciudad belga, dónde nos habíamos conocido Ramón y yo; dónde comenzaron mis problemas, excitó más mi desasosiego. No podía ser una casualidad y, sin embargo, existen. La misma circunstancia en la que nos cruzamos por primera vez fue un acontecimiento casual.

El sonido de las máquinas dejó de escucharse y tuve que devolver la página arrancada del diario a su posición inicial, sobre la mesa de latón. Las lavadoras dejaron en el aire el sonido ronco del cese del centrifugado, me volví, extraje las coladas y las introduje en los tambores para secarse. Pulsé el interruptor para ponerlas en funcionamiento y volví sobre la necrológica.

Al acercarme me acució una nueva duda. ¿Quién había dejado la página sobre la mesa? En los meses que llevaba penando en la lavandería jamás había entrado ninguna clase de literatura, si es que se puede considerar creación literaria a un periódico. Más todavía tratándose de un diario de talante conservador; dónde es bien sabido que no cabe la buena prosa; si fuera progresista sería otro cantar. Ni siquiera una simple hoja arrancada de un cuaderno donde apuntar los trabajos realizados había entrado en la sala ya que no hacía falta. Intenté recordar quién hubiera podido dejar olvidado el recorte sobre la mesa, pero mis esfuerzos no acotaban el momento. Todo lo contrario, sólo el Pequeño Juan y yo habíamos entrado esa mañana acarreando los contenedores con la ropa sucia que inmediatamente introducimos en las lavadoras.

El Pequeño Juan debía su apodo a su estatura pero también a su escasez de entendederas. Un poco tarado, sus límites ejercían de parapeto para mantenerle a salvo de la barbarie que nos rodeaba. Cuando llegamos, no sujetaba ningún recorte a la vista y, que recordara, ni siquiera se había acercado hasta la mesa bruñida de color plata. Simplemente había dejado el trabajo a mi cargo y había salido, como era su misión y su costumbre.

Nadie más había penetrado en el estrecho almacén que hace las veces de lavandería y estaba seguro que, a nuestra llegada, la hoja del diario no estaba en el lugar en el que la encontré. La página se cayó de mis manos y fue a parar casi en la misma posición en la que la había descubierto unos minutos antes. A diferencia de mi primer encuentro con Ramón, este no podía ser un suceso casual. Intenté recordar si en algún momento, alguien hubiera podido entrar en el recinto sin que yo me hubiera percatado, bien porque estuviera atareado con los ropajes, bien porque me hubiera desorientado temporalmente. Concluí que el porcentaje de ocurrencia de tales circunstancias era ínfimo; cualquiera que hubiera

entrado en la sala hubiera llamado mi atención de inmediato.

En primer término, resulta imposible llegar hasta el mostrador de latón sin atropellar a cualquiera que hubiera estado en su trajín. Se encuentra al final de un pasillo formado al lado izquierdo por las máquinas lavadoras y, al otro, enfrente, las secadoras; sin que haya otra entrada a la lavandería salvo esta principal y única. Para llegar hasta la mesa situada al fondo del local se debe desfilar entre la maquinaria y pasar por encima de cualquiera que estuviera en el corredor trabajando, como era mi caso.

Alguien podía penetrar por las ventanas, pero miré al fondo del local. La escasa luz natural, que ilumina las motas de polvo que siempre bailan en la atmósfera de la sala, proviene de unas troneras de forma circular situadas a más de dos metros de altura y de tan escasa dimensión que difícilmente podría permitir el paso de alguien de mayor tamaño que el Pequeño Juan. Unos gruesos barrotes cerraban la entrada de todo menos el aire frío y húmedo del norte, y generaban diversas formas geométricas al dibujarse sus sombras en el espacio, cuando el sol incidía al mediodía desde su apogeo.

Abundando en la imposibilidad de que alguien hubiera entrado en la lavandería sin mi conocimiento, restaba un último problema. El sonido de las puertas de la entrada resultaba tan molesto y penetrante que alcanzaba todos los rincones en derredor. Aun cuando el proceso de centrifugado se encontrara en su momento álgido, nadie con la facultad de la audición en condiciones aceptables podía sustraerse al chirrido de los goznes de los batientes; en una disarmonía rítmica que no cesaba hasta que las puertas detenían su movimiento pendular.

La conclusión a la que me llevaron mis razonamientos me sumió en la perplejidad y el abatimiento. Si nadie había entrado en la lavandería mientras yo estaba trabajando y el recorte del diario no reposaba sobre la mesa cuando llegamos… ¿Cómo era posible que hubiera aparecido allí?

No podía ser cuestión de magia. La magia sólo es prestidigitación, ilusionismo, embaucamiento de crédulos. Miré hacia las secadoras como si la respuesta a tan problemática aparición estuviera en el centro de las espirales que forman los tambores; como si fueran remolinos que absorbieran el espacio hasta otros universos. Subí la vista hacia el techo creyendo que habría caído como las hojas de un álamo en otoño pero no parecía posible. Giré en derredor, podía llevar colgado de mi espalda un pequeño gnomo que hubiera podido escamotear la página. Pero sabía que era imposible.

Desistí de buscar una solución al misterio, probablemente no me había fijado con detalle y la hoja del diario ya estaba sobre la mesa cuando entramos con los contenedores de ropa sucia. Aunque, quizás alguien la había lanzado a través de las troneras y había ido a caer sobre la mesa.

Era una situación plausible que me tranquilizó.

No había otra posibilidad salvo que fuera cosa de magia. Aunque siendo cosa de magia tenía que volver a Ramón, el Mago, como comenzamos a llamarle cuando nos reunió a todos para explicar con detalle el plan que había trazado.

Siguiendo la mejor tradición de las bandas americanas, alguien sugirió, creo que fue Judith, ávida lectora de novela negra en sus descansos entre visita y visita, que deberíamos utilizar nombres de colores. Señor Blanco, señora Añil, y así sucesivamente, como suele darse en América, siempre tan teatreros. Ramón apuntó que esos apodos se usaban cuando los miembros de la banda en cuestión no se conocían entre sí, por lo que se amparaban en seudónimos coloreados para proteger el anonimato. Aún así, concedió que, aunque todos nosotros nos conocíamos sobradamente en la confianza que otorga ser bebedores de cerveza compulsivos, podíamos seguir la tradición y usar alias que ocultaran nuestra identidad. Todos nos excitamos al pensar que nos encontrábamos en los prolegómenos de la génesis de una banda de malhechores. ¿A quién no le atrae, de vez en cuando, violentar la ley?

De inmediato levanté la voz para solicitar que se me conociera como señor Ultramar. Ante las muecas de sorpresa que mostraban el desconocimiento de los presentes sobre esa tonalidad cromática, intenté explicar que se trataba de una variedad de azul que Vermeer utilizaba con frecuencia en sus cuadros. Pero Ramón me cortó de inmediato. No utilizaríamos colores, bastante abotargados –cito literalmente- de cultura yanqui teníamos el cerebro; debíamos ser originales. Propuso en su lugar valernos de nombres literarios europeos. Él, tan aficionado a la poesía, en especial a la escrita en castellano, pensé que escogería el seudónimo de algún poeta romántico pero esperó. Dejó que todos meditáramos unos instantes y uno a uno fuimos escogiendo nuestras elecciones. Él, cuando todos concluimos y con gran pompa, proclamó que sería el Mago, en alusión al personaje principal y título de la novela de Fowles. Además de la poesía, también gustaba de los buenos enigmas. Apenas recordaba ese momento porque, en realidad, durante todos los preparativos y la consecución del plan, no hizo falta utilizar dichos sobrenombres ya que todos nos conocíamos sobradamente, si bien el apodo de Mago quedó en nuestra memoria. Y con la dirección del Mago, nos introdujimos en nuestros particulares misterios de Eleusis, en una suerte de ritos iniciáticos en los que en vez de vino griego utilizábamos cerveza de abadía belga.

Había olvidado el papel que sujetaban mis manos. El Mago. Echamos a patadas al viejo Mago. Releí la primera frase. Si la esquela se refería a Ramón, uno de nosotros la había encargado, no cabía ninguna duda. Pero ¿quién? Y lo que era más importante. ¿Era cierta? O sólo se trataba de

otro truco de magia más.

El Pequeño Juan entró en la lavandería cuando me estaba haciendo estas preguntas. Las secadoras ya habían acabado su tarea y yo doblé la hoja por los mismos pliegues enmarcados por el paso del tiempo y la guardé en uno de los bolsillos traseros del mono de trabajo. Al ver la risueña cara del Pequeño Juan dejé por unos instantes mis elucubraciones, pero una vez doblamos las sábanas salidas de las secadoras y se llevó el carro con la colada ya limpia, volví sobre mis cavilaciones…

El Mago… ¿Quién era el viejo Mago?

La realidad es que, a estas alturas, todavía no sé quién era Ramón y mucho menos, quién era el personaje que decía ser. El Mago.

Capítulo 2

Levantó la mano despidiéndose y se marchó. Fue la última vez que nos encontramos, aunque no la última vez que le vi. Desde entonces no he vuelto a hablar con él, ni siquiera me han llegado noticias suyas desde hace varios meses. Todavía lo recuerdo cruzando Grote Markt y caminando por Maalderijstraat hacia la explanada frente al pórtico de la Catedral. No pude evitarlo y anduve tras él desde la esquina. A pesar de su baja estatura era fácil distinguirle entre el gentío del domingo de primavera con su melena pajiza y su gabardina gris destacando entre los atuendos ya primaverales. Como suponía, entró en el templo. Esperé unos instantes y le seguí al interior. Desde hacía unas semanas había advertido un cambio en su actitud justo después del robo y quería saber a qué se debía. Nos encontramos en una de las esquinas de la plaza y charlamos brevemente. Lo encontré muy desmejorado, nunca pensé que los problemas que surgieron durante la consecución del delito y posteriormente pudieran haberle afectado tanto.

Al fin y al cabo, a pesar de todos los inconvenientes, fue un éxito y todos parecíamos a salvo más de una semana después, a la espera de poder repartirnos el botín. Comentamos brevemente aspectos del reparto. A diferencia del atraco, me confesó, no estaban apareciendo problemas para la venta de la mercancía. Así la llamó, como un experto delincuente. En unos días estaría fuera del país y en manos del tasador que nos ofrecía la mejor oferta. Un séptimo miembro de la banda, de quién respondía personalmente, se estaba ocupando del asunto. Me pidió prudencia, como siempre hacía, y al hacerlo fue cuando levantó la mano para despedirse hasta nuestra siguiente cita, cuando ya se hubieran resuelto todos los flecos de la operación. Así los denominó, pequeños flecos, pero al hacerlo noté un rictus de preocupación en su rostro de mofletes sonrosados y rasgos algo animaloides.

No sólo lo encontré muy desmejorado. Lo encontré nervioso. Nunca, desde nuestro primer encuentro, dudé del dominio que ejercía sobre sí mismo y, misteriosamente, sobre todos los que atraía a su alrededor.

Quizás ese pretexto me impulsó a seguirle entre la gente que abarrotaba las terrazas. Era una de las primeras tardes de la primavera climática. Con miedo, atravesé el portón de la catedral y fui caminando por el lateral de la nave principal hasta que le localicé en uno de los asientos cercanos al altar mayor. Arrodillado y acodado en el respaldo del banco delantero; sus manos entrelazadas en la frente, con la cabeza inclinada al suelo, acentuaban su postura de sumisión. De vez en cuando levantaba la vista y se quedaba mirando fijamente hacia la enorme cruz encima del altar mayor, como esperando alguna revelación. Parapetada detrás de una de

las columnas del templo, en penumbra, esperé. Estuvo un buen rato en la misma posición, tanto que tuve dudas de que alguien llamara mi atención, por lo que también intenté una actitud de recogimiento, sin saber muy bien cómo debía comportarme. Un sacerdote se acercó y me preguntó si deseaba confesión.

¿Qué meditaba durante tanto tiempo? ¿Se sentía culpable por el desarrollo final del robo? No debía haber sucedido lo que sucedió con posterioridad. Y, sin embargo, las dudas y las sombras que se proyectaban en algunos miembros de la banda le sumieron en una profunda tristeza. Eso repitió en varias ocasiones desde la mañana que robamos el transporte de diamantes y piedras preciosas y volvió a repetirlo aquella tarde en la Grote Markt, en unas palabras tristes que contrastaban con el bullicio alegre del centro de la ciudad, alimentado por el sol que lucía vigoroso tras unos meses sombríos.

Temí lo peor al verle arrodillado en la catedral. Parecía un hombre tan seguro en nuestras reuniones en la Lucky Tavern, y mucho más poco después, cuando tres días antes del robo nos reunimos en un viejo almacén del puerto antiguo y nos explicó con precisión y confianza el plan trazado. Lo tenía todo calculado, trasmitía tanta seguridad que todos creímos estar protegidos. Sin embargo, no parece que haya sucedido así. De los siete que participamos de alguna manera, dos se han esfumado sin dejar huella. Alice, la chica inglesa, que tuvo un papel destacado en el atraco y que ha servido como tapadera, especialmente de Weber, el hombre lúgubre como le gusta llamarle a Carou, es posible que haya regresado a su país. Eso quiero creer. Y el propio Ramón, el Mago, que se ha marchado de Antwerpen y nadie dice conocer su paradero. Me extraña que se haya marchado sin despedirse de mí después de las muchas horas que pasamos juntos. Son dos de los cuatro que ejecutaron la operación junto con Andrés, al que gusta que le llamen Carou y el vendedor de naranjas. Sólo yo y Weber no participamos en el desenlace del atraco.

El hombre lúgubre sigue en la ciudad y, como me explicó, continúa en su puesto de trabajo, lo que resulta muy sorprendente, ya que asegura que en su compañía piensan que el robo no se pudo producir sin la ayuda de un cómplice del interior. Alguien tenía que saber la ruta y los horarios del transporte, y tales datos sólo podían estar en manos de alguien de la empresa de diamantes. Por las razones que fueren, no han pensado que sea él uno de los atracadores, le animé, de lo contrario ya tendría noticias suyas. O han preferido dejar correr el asunto, ya que, por lo que explicó con vehemencia el Mago, la propia compañía estaba cometiendo un delito con ese traslado de diamantes. Ramón aseguró que nadie iba a denunciar el robo, como así ha resultado hasta el momento. Sin embargo, el Mago era quién conocía la información del transporte, no el hombre lúgubre que llegó a desconfiar de la precisión del plan ideado por Ramón,

precisamente por dudar de la veracidad del horario y la ruta.

Eric, el importador de naranjas, todos sabemos dónde está por la crónica que pudimos leer en la sección de sucesos de la gaceta. A los demás no nos importa. De todos, el frutero fue el más desconocido, apenas llegó, un par de semanas antes del atraco, de la mano de Ramón que nos lo presentó como su proveedor de naranjas. Con Carou me reúno el día 7 en meses alternos y sólo queda el séptimo hombre. El desconocido que pudo quedarse con el botín y del que nadie sabe nada. Sólo Ramón sabía de quién se trataba. Y ahora Ramón ha desaparecido.

Temo lo peor, aunque me tranquiliza saber que el hombre lúgubre, Carou y yo misma seguimos vivos y nadie nos ha importunado. Nadie viene a por nosotros o mejor dicho, nadie ha venido a por nosotros… de momento. Pero es posible que hayan ido a por el Mago y quién sabe de la vida de Alice. Se lo comenté aquella tarde de Mayo en la plaza de la Catedral, vienen a por nosotros, Ramón, le exhorté un poco atolondradamente. Mis únicas referencias para semejante presunción venían del hombre lúgubre, al que me encontré una noche, tres días antes, en una habitación de hotel totalmente a oscuras, cuando ya había pasado una semana desde el robo. Alguien me franqueó la puerta y yo pasé confiada de encontrarme, como siempre, con algún intermediario de diamantes o algún mayorista de joyas de negocios por la ciudad después de haber cerrado un buen acuerdo y deseoso de pasar un rato agradable. Al encender la luz de una lámpara de mesa vi quién era, vi su rostro y lo que es peor, vi el miedo clavado en su expresión.

No supe que decir, ni siquiera le pregunté cómo había conseguido mi contacto. Nos quedamos un rato mirándonos, sin hablar. Por un momento pensé que sólo necesitaba de mis servicios; recordé que en todas las ocasiones que habíamos compartido en la Lucky Tavern me había deseado secretamente y que por ese motivo jamás se atrevió a mirarme a los ojos; pero en aquel momento, en la soledad impersonal de aquel hotel de extrarradio en la autopista de Bruselas, su expresión corporal y el temblor de sus manos descartaban por completo semejante idea. Encendí un cigarrillo, algo que jamás hacía delante de un cliente, para calmar mi impresión. Solo que Weber no era un cliente.

Hablamos por espacio de una hora y al despedirnos insistió en pagar por mi tiempo. Te lo he robado, suplicó. Todos nos hemos robado algo, no me debes nada, le respondí. Le di un beso en la mejilla y lo dejé, a solas con sus temores, en la habitación. No acepté más clientes aquella tarde, recuerdo que el viento del mar del Norte barría las calles y sentí frío, mucho frío al pisar la acera. Fue la última tarde invernal, pero mis escalofríos no se debían a los últimos vientos del ártico, el hombre lúgubre me había aterrorizado a pesar de no demostrar miedo en su presencia. Desde entonces nos hemos entrecruzado un par de veces en el centro de la ciudad pero hemos fingido no conocernos, tal y como convinimos

aquella tarde.

Weber, el hombre lúgubre en expresión de Carou, estaba seguro que su compañía, en la que llevaba trabajando varios años, la misma a la que atracamos en una autopista del norte de Francia, conocía perfectamente los nombres de todos los atracadores y era cuestión de tiempo que acabaran con todos. Pero de momento no han hecho ningún movimiento, eso dijo creer, porque la desaparición de Alice, había estado meditando, se debe a que ya se ha acabado el curso y haya debido regresar a su país para no levantar sospechas. Y el Mago, confío en que se esté ocupando de la venta de la mercancía y mientras esté ocupado en las negociaciones no quiera darse a conocer. En cuanto al proveedor de naranjas, parece que se trata de un asunto que venía de lejos, concluyó. Pero estoy seguro que Goldsmith, mi jefe, sabe de los movimientos de toda la banda y, tarde o temprano, acabará con nosotros. Estuve a punto de decirle que veía incapaz a Goldsmith de semejante atrocidad.

Hoy he rememorado ese último encuentro con el Mago, intentando encontrar en su comportamiento alguno de los temores que le asaltaban y los que yo le había explicado que temía Weber. Cuando el Mago se levantó de su recogimiento, una hora arrodillado, salió en dirección Groenplaats pues ya era hora de la misa dominical de la tarde y los fieles comenzaban a ocupar los bancos, rodeándole. Esperé unos instantes, con la misma intención de seguirle, pero llegué hasta la estatua de Rubens y no pude localizarle. Y eso que ya el crepúsculo se había apoderado de la ciudad y con él, una fría y húmeda brisa que se había llevado por delante el gentío que poco antes se agitaba por los alrededores de la catedral. El Mago desapareció de mi vida aquella misma tarde barrido por el viento norte y no he vuelto a saber de él. Pocos días después le descubrí sentado en el tranvía en las cercanías de la Estación Central, intenté llamar su atención, pero no lo logré. Corrí hasta la siguiente parada, y conseguí alcanzar el tranvía antes de que arrancara, pero recorrí los vagones sin encontrarle. Ramón se había apeado y había desaparecido.

Ahora creo que aquella tarde en la catedral el Mago exageró su congoja.

Capítulo 3

Me llamo Weber y soy parte del atajo –ni siquiera me atrevo a considerarnos una banda- de rufianes que atracó un envío de diamantes y piedras preciosas. Sin embargo, espero que no piensen que soy un actor destacado en esta tragedia, aunque sí creo ser un personaje necesario de la comedia. No les daré apenas detalles sobre mí, ya que de hacerlo podrían reconocerme de inmediato en cualquiera de las calles de la ciudad dónde se encuentra la empresa robada, con las dificultades que ello podría acarrearme. Pensaran que, en ese caso, también les estoy dando un nombre ficticio. Están en lo cierto, relativamente, si es que la certeza puede ser relativa. En mi cuadriculada opinión, las cosas son o no son, por lo que la certidumbre no puede tener más que dos facetas, posible o imposible, ya que la verdad no existe y por lo tanto no puede darse la dicotomía entre verdadero o falso que es lo que ustedes sospechaban cuando me he referido a las caras de una realidad.

Me llamo Weber y ese es el nombre que consta en varios documentos oficiales para fiscalizar mi persona; del mismo modo que también consta en otros archivos burocráticos que mi nombre es Maurice Mebus e incluso pueden encontrarme en edictos de la hacienda pública como Bernhard Maertens, natural de Genk. En la juventud, mis compañeros de liceo me llamaban Max, sin que pueda recordar lo que le seguía aunque, desde luego, no era Weber. Yo soy todos ellos y todos ellos, en su conjunto y por separado, conforman el personaje que, a efectos de esta tragicomedia, se conoce como Weber. Nombre con el que atiendo en la empresa dónde presto mis servicios y por lo tanto, dado que esta corporación es importante en la trama de este relato, es el que utilizaré para referirme a mí mismo.

Pensaran ustedes que alguien con tantos nombres, seudónimos si lo prefieren, incluso heterónimos; solamente puede dedicar su tiempo a dos ocupaciones al margen de las normas. Ya sea porque se trata de malhechores usando uno o varios alias para sus fechorías o ya sea porque necesitan ocultar su verdadera identidad con el propósito de obtener información; espía en un sentido amplio. Yo no ejerzo ninguno de ambos oficios. Presto mis servicios como tallador, o como un geómetra sí lo prefieren, que por avatares del destino tuvo que elegir entre seguir la vida tal y como la conocía o enrolarse en la asociación, un nombre liviano para semejante reunión, que se formó en la Lucky Tavern, cerca del puerto, para darle un sentido a su vida. Elegí esto último todavía no sé si para mi desdicha o para mi suerte.

Al margen de mi nombre, solamente les hablaré de mi verdadera ocupación –porque es necesario que ustedes la conozcan para no perder

el hilo de mi relato, no por otras razones-. Como he señalado, soy un artesano, un tallador de diamantes siendo más preciso, si bien yo prefiero considerarme un geómetra. Al fin y al cabo, mi labor tiene sentido cuando de un trozo de carbón sometido a altas temperaturas y presiones en el interior terrestre consigo obtener una joya que refleja la luz como ninguna otra a partir de una forma poliédrica. Y para ello tengo que imaginar en mi mente, teniendo en cuenta la piedra en bruto que me llega, cual debe de ser la mejor talla que se acomode a su morfología primigenia, para conseguir la mayor belleza, que estará en relación con la cantidad de luz que consiga reflejar. Un perfecto cuerpo geométrico de este material devolverá tanta luz como le llegue, brillará más y por lo tanto, su valor será mayor.

No me gustaría ponerme melodramático, pero soy el último de los talladores de diamantes, ahora son máquinas las que se ocupan de realizar la tarea. Sin pasión y sin errores.

Es una ocupación ancestral de judíos, aunque mi nombre no lo sea. ¿Quiere decir esto que el judaísmo es mi religión y que soy nacido de hembra judía? Por no mencionar mi prepucio. Pudiera ser, pero no es algo que se pueda considerar sustancial para mi historia. A efectos narrativos no importa si mi glande sigue o no recubierto de un pedazo de piel.

Continuaré con el relato de los hechos.

Todo empezó el día que me crucé con Alice en el rellano de nuestra planta, la última del edificio del barrio Shippers dónde, como digo, viví por espacio de varios años –ya no resido allí, por razones evidentes, por si alguien piensa ir en mi busca por la zona-. Alice salió del apartamento contiguo, era la primera vez que nos encontrábamos, aunque ya sabía que vivía alguna joven con el vecino con el que apenas me había cruzado un par de veces en un año. Una de ellas en el vestíbulo del edificio, cuando me aquejaba un fuerte dolor de muelas y no pude responder a su saludo y otra caminando por la calle una mañana, cuando las prisas por llegar a mi trabajo me acuciaban.

Sabía que una joven vivía en la mansarda contigua por la cantidad de risas que solía escuchar detrás de la puerta cada mañana y, especialmente, algunos domingos. Unas risas jóvenes de mujer que me resultaban hipnóticas. Más de una vez me quedé escuchando detrás de la puerta sin poder evitarlo. Afortunadamente, en ningún momento se abrió, lo que hubiera llevado a una situación incómoda. Alice me sonrió al salir de su apartamento. Yo le devolví el saludo. ¿Es usted el vecino, el hombre lúgubre? Su pregunta me dejó perplejo y apenas pude balbucear una respuesta afirmativa a la primera parte de la cuestión, no así a la segunda.

¿El hombre lúgubre? Acerté a repetir. Ella sonreía cómo si esa definición fuera algo alegre y divertido. Se acercó y ofreciéndome su mano se presentó. Soy Alice. Weber, correspondí, mientras estrechaba la suya. ¿Hombre lúgubre?, pregunté nuevamente. No se ofenda, respondió, es sólo una pequeña broma sin mayor importancia. Va usted siempre tan vestido de negro…

No continuó la frase pero aquella confesión acompañada de una enorme sonrisa me desarmó. Supongo que quería añadir algún adjetivo relativo a mi extrema delgadez y a la blancura de mi piel. El contraste, tengo que admitirlo, es muy llamativo.

Me gusta vestir de negro. Le queda muy bien, respondió y esperó que yo hiciera algún otro comentario, pero a diferencia de mi vestimenta, me quedé en blanco. Ella tomó las riendas de la conversación de forma resuelta. Quizás le apetezca tomar una taza de té, acabo de comprar té negro… y al decirlo volvió a sonreír. Acepté su propuesta, acababa de llegar del trabajo y, por una vez, dejé mi rutina diaria para entrar en el mundo de Alice. Aquella noche fue la primera de una serie de noches en las que compartimos té negro y algunas confianzas. Supe en una de aquellas charlas, días después de nuestro primer encuentro, que no se encontraba a gusto con su pareja, al que nadie había mencionado hasta entonces, y que deseaba cambiar su vida. Poco a poco, durante un mes fuimos intimando, hasta que sorpresivamente, una tarde, al aproximarme a su puerta a la hora convenida para llamar al timbre escuché una discusión al otro lado. El vigilante estaba en casa. Por entonces ya sabía que trabajaba de vigilante nocturno, lo que favorecía que pudiera encontrarme con ella en la soledad de su apartamento o en el mío las primeras horas de la noche. Excepto algunos fines de semana que el mastodonte libraba.

Volví abatido a mi mansarda y en los días siguientes me desplomé nuevamente en la rutina que creía haber abandonado, como abandoné los sueños que empezaba a trazar con ella mientras pulía las caras de las tallas en mi mesa del taller. El vigilante permanecía en la casa durante la noche. Durante el día no tenía noticias ya que era justo cuando yo me reconcomía en mi puesto de trabajo. Pensé en un primer momento que se trataría de una situación excepcional y temporal, bien porque estuviera enfermo o porque algún cambio laboral le hubiera obligado a trabajar en jornada diurna. Pero no tenía modo de saberlo mientras no pudiera hablar con Alice y no parecía que pudiera hacerlo en un futuro próximo. Pensé pedir un día de gracia en el trabajo y acercarme hasta la Universidad y sentarme en la puerta a esperar su llegada, ya que no sabía exactamente que clases atendía. Incluso llegué a valorar el enfrentarme a su compañero, me había hecho a la idea de que ella no era feliz y estaba convencido de que lo sería conmigo.

Por fin, pude hablar con Alice unos días después y cuando lo hice me vi sobrepasado por los acontecimientos. Al llegar a casa una tarde, mientras abría la puerta de mi mansarda escuché a mi espalda cómo salía de su apartamento y con gesto preocupado y muy alterado se me acercaba. Weber, musitó en voz baja, apenas puedo hablar. Carou, mi pareja, ha llegado a casa completamente borracho, apestando a pastis y se ha comportado groseramente conmigo. Llega así todas las tardes desde que se ha quedado sin trabajo. Tal circunstancia había derivado en un comportamiento que si no llegaba a ser violento sí que le resultaba amenazante. Alice quería escapar y pretendía venir a vivir conmigo. Acepté.

Volvió rápidamente a entrar en su departamento y me lanzó un beso desde el dintel de la puerta. Yo entre en el mío completamente feliz del curso que estaban tomando los acontecimientos. En ninguno de mis peores infiernos podía imaginar que aquel beso era el comienzo de mi tragedia, o de mi comedia, que todo puede ser. Lo dejo a su elección.

Capítulo 4

Es preciso que me detenga ahora en la figura de Judith, sin cuya presencia este relato no tendría ningún sentido y lo que es todavía más penoso; sin cuya ayuda no podré llegar a saber del Mago.

Encontré a Judith sentada en la mesa del fondo de la Lucky Tavern, en los alrededores portuarios de Noorderlaan, leyendo lo que parecía una novela y fumando un cigarrillo contradiciendo la prohibición. Fue nuestro primer encuentro aunque, posteriormente, le he recordado aquella tarde y sostiene con vehemencia que no era ella quién me murmuró a su paso; que fui yo quien, en mi mente desconcertada, imaginó sus palabras. Era la única inquilina del garito, sin duda esa circunstancia y su belleza ayudaron a que me fijara en ella. Yo acababa de dar un paseo por los alrededores del puerto, como era mi costumbre, confiando en que el viento invernal procedente del mar del Norte aligerara la presión que soportaba mi cerebro. Unos días antes me habían echado del trabajo y, por si fuera poco, Alice me había abandonado poco después de conocer la noticia. Tal cúmulo de desgracias me había producido una intensa cefalea, creo que se dice así, de la que ningún analgésico era capaz de aliviarme. Pensé en un primer momento que habría vuelto a su país, cruzando el canal en el ferry que zarpa todas las mañanas desde Calais, pero la realidad, que tozudamente llegó con la puntualidad de un ferrocarril suizo unas semanas después, descubrió que sólo había atravesado el rellano como pude comprobar mientras introducía la llave de la cerradura de mi mansarda.

Se había instalado en la buhardilla de mi vecino, un tipo lúgubre con el que no había intercambiado jamás una palabra. Fue una de aquellas tardes de paseos eternos por el puerto, cuando ya había conocido a Judith dos o tres días antes y había afinado algunos temas de conversación para intimar con ella. Al regresar desde la Lucky Tavern llegaron a mis oídos unos arrebatos de alegría que, de inmediato, acongojaron mi espíritu. Dejé la llave encajada en la cerradura y con tiento me acerqué hasta la puerta contigua para escuchar atentamente. No cabía duda, las risas que escuchaba al otro lado no podían ser más que de Alice. Conocía muy bien el sonido de aquellas carcajadas que se desparramaban por todo el edifico y que, no hacía tanto, surgían de mi apartamento. Entre risotada y risotada escuché la voz del hombre lúgubre que casi había olvidado de nuestro primer encuentro cuando me saludó, y no sería la última ya que hube de aguantarla en otras ocasiones en las semanas siguientes. Si no me vine abajo fue por el recuerdo de Judith, con quién acababa de pasar una hora en la Lucky Tavern, hablando de literatura negra y de diamantes, de coincidencias y de existencialismo japonés. Justo antes de que me dejara para irse a su ocupación, como otras tardes desde que la

había conocido. Quizás ese fue el motivo que no tumbara la puerta del hombre lúgubre y entrara en su mansarda.

Recuerdo que en aquella visita al Lucky Tavern, cuando la vi por vez primera, pedí un pastis al camarero de aspecto magrebí, siguiendo la rutina de todas las tardes desde que me quedara sin trabajo. Había decidido dejar de trasegar cerveza mientras no volviera a trabajar. Una promesa tan estúpida como otra cualquiera. Mientras servía el anís francés, miré al fondo dónde una treintañera leía un libro. Me atrajo de inmediato, pero deprimido como me encontraba en aquellas tardes, no encontré ningún pretexto rápido –una de mis escasas habilidades- para intentar un acercamiento como hubiera perseguido en otras circunstancias.

Al cabo de un rato me concentré en intentar averiguar, desde la barra, el título de la novela que leía como única forma de aproximación. En la distancia me resultaba complicado: su mano izquierda, con esos dedos finos y largos de blancura sedosa ocultaban buena parte de la portada. El contraste con el fondo negro de la carátula en la que apenas se distinguían unas letras también en blanco y una estrecha banda amarilla en su parte inferior con el retrato de un hombre a quién no llegaba a distinguir con claridad, tampoco ayudaba a mis deseos. Se trataba de una novela negra de una colección francesa que conocía pero ese detalle no me permitía más que una pregunta también estúpida para utilizar como disculpa para abordarla. ¿Le gusta la nouvelle noire? Con eso no conseguiría atraer su atención. Posiblemente girara la cabeza, me mirara con desprecio y se quedara en silencio invitándome a dejarla en paz. O quizás sacara una Browning de su bolso y me disparara en la diana del pecho con gran aparato dramático.

Con disimulo, fui recorriendo la barra sin que ella levantara la vista del libro, al que pasaba páginas con ansiedad, como si en el tránsito la trama volara y no pudiera recuperarla. Ni siquiera bebía de la taza que descansaba a su lado, seguramente un café, ahora lo sé, que se habría quedado frío. A cada paso que avanzaba hacia ella, bebía un sorbo de mi pastiche sin dejar de otear en su dirección. Pero su mano izquierda seguía sujetando el libro y ocultando los detalles que me hubieran permitido conocer el título del libro para intentar el acercamiento. Otros parroquianos entraron a la taberna cuando ya el sol descendía entre las grúas del puerto y pude aprovechar esa circunstancia para acercarme todavía más. Pero al mismo tiempo la luz decreció y me era imposible diferenciar los detalles con precisión.

Hasta que me quede sin barra y hube de volver la vista hacia las cristaleras situadas detrás dónde quedaba reflejado mi rostro impaciente. En los viajes en tren atravesando Francia desde Hendaye al final del verano, en la espera de la consulta de cualquier matasanos o en las marquesinas del tranvía siempre he sentido la irresistible necesidad de

conocer los títulos de los libros que mis acompañantes ocasionales leían o estudiaban o simplemente ojeaban. No cejaba en mi empeño, como si dejar esa costumbre de obstinado fisgón me llevara a perder el aliento. Más en aquellas circunstancias en las que era una lectora la que concitaba mi interés.

Una mujer como ya he dicho de unos treinta años, de tez blanca y labios carnosos coloreados de rojo fuego, como la blusa de lana que vestía. Un moño bien recogido le prestaba madurez a su figura.

Cuando ya estaba acabando mi pastis y sopesaba la idea, contra mi costumbre, de pedir otro, dejó el libro sobre la mesa y recogió su manga izquierda para buscar su reloj de pulsera. Comprobó la hora y con rapidez, pero sin atolondramiento, insertó el marcapáginas, guardó la novela en su bolso y se levantó del banco, dejando ver una silueta delgada, enfundada en una falda de tubo que le llegaba hasta debajo de las rodillas, tras la que aparecían unas delicadas piernas sobre unos zapatos de tacón de aguja y embutidas en unas medias de color oscuro, diría que negro. La expresión misma de la carnalidad.

Azorado un poco por la súbita conclusión de mi acercamiento y frustrado por no llegar a conocer el título de la obra que estaba leyendo, cogí el vaso de agua de la barra y lo llevé a la boca mientras ella se aproximaba en su camino a la salida.

Les ruffians.

Pronunció con voz melodiosa al pasar a mi lado sin siquiera volverse. Casi me atraganto. Dejé el vaso en el mostrador y me giré para comprobar cómo salía de la Lucky Tavern y echaba a caminar en dirección al centro de la ciudad. ¿Me había dicho el título de la novela? Y si era así ¿Cómo había deducido que yo quería saberlo? Creía que en ningún momento me había delatado. Y sin embargo, parecía que sus palabras iban encaminadas a satisfacer mi curiosidad.

Salí yo también de la Lucky Tavern y seguí sus pasos, no con afán de perseguirla o conocer hacía dónde se dirigía. Decidí acercarme a una de las librerías francesas de Antwerpen, situada a escasos metros de la catedral. Conocía al dueño, no en vano prefería leer nouvelles en mi francés de la infancia que no en flamenco, aunque lo hablara con fluidez después de tantos años en la región y en el país vecino del norte. Aunque no sea un gran lector, solamente el negro y el hard-boiled me seducen. Hablan de los ambientes en los que me desenvuelvo desde hace unos años y no hace falta ser un intelectual para disfrutar de su lectura.

Fabien, que así se llamaba el librero me saludó desde el fondo de la librería y siguió con su trabajo recolocando y limpiando algunas estanterías. Al ver que yo no ojeaba las novedades que solía exponer en

las mesas centrales, dejó su tarea y se acercó hacia mí.

Les ruffians, pronuncié simplemente, reproduciendo el mismo tono y las mismas palabras de la lectora de la Lucky Tavern. No necesité aclarar más. Fabien se giró y buscó en una de las estanterías con un cartel arriba en el que se leía Noire con grandes letras de su mismo color sobre un fondo amarillo. Volvió con un libro en la mano y de inmediato supe que era el título que me había mantenido en suspense en la taberna. La misma o similar portada, sólo que ahora sin los estilizados dedos de la joven que lo sujetaba podía leer con claridad su titulo. Les ruffians, escrito por José Giovanni, de quién no tenía noticias, y publicado por la editorial Gallimard con el n° 1247 en su collection SERIE NOIRE. Era un libro ya editado hacía años. A pesar de que, en aquellos momentos, no eran los mejores tiempos para hacer dispendios, decidí comprarlo y sacando mi cartera le pagué con uno de los últimos billetes recibidos con el finiquito de mi despido, un billete de cien euros.

Extraña mezcla, pensé, un nombre español y un apellido italiano, mientras salía de la librería y me encaminaba hacia mi mansarda alquilada del barrio Schippers. Pero como soy el hombre de la eterna duda, regresé sobre mis pasos para volver a encontrarme nuevamente con Fabien que seguía limpiando el polvo de los libros en las estanterías.

Por curiosidad ¿ha despachado algún otro ejemplar de esta nouvelle recientemente? Fabien me miró por encima de sus lentes redondas y agitó el plumero al aire. Desde hace años, -comenzó a responder lentamente-, dos ejemplares acumulaban polvo en la estantería Noire –dejó una melodía arrastrando las letras-. No fue una obra de gran interés para nuestros lectores ya que no se trata de una obra noire en sentido estricto. Estábamos seguros que los dos ejemplares acabarían en el sótano, los manteníamos en la estantería más por sentimentalismo que por afán comercial. Y, de improviso, los dos libros se han vendido en el plazo de unos pocos días.

Siempre me han fascinado los criminales que acabaron escribiendo literatura, prosiguió; cómo si no hubieran tenido otra posibilidad en su vida. Robar el dinero o la vida en su etapa criminal para posteriormente robar la mente de sus lectores ¿A usted también le seducen Vidocq y Burke? ¿O solamente Giovanni? No supe que responder, ni siquiera sabía que el tal Giovanni hubiera sido un malhechor, aunque conocía perfectamente a Vidocq, había leído sus memorias en una ajada edición que encontré medio escondida en la biblioteca pública. Del tal Burke no tenía noticias, aunque su apellido inspiraba un americano carcelario.

Evidentemente, estaba intrigado por la venta casi simultánea de sus ejemplares tras años acumulando polvo, y se quedó en silencio esperando alguna aclaración al respecto. Dudé, como es mi costumbre, entre varias opciones. Salir despendolado de la librería sin abrir la boca, lo que

significaba no volver por allí, cosa que tampoco era muy probable que sucediera en el futuro dada mi escasez de fondos; contar una burda patraña para salir del paso aunque probablemente yo mismo me habría liado y habría dejado al descubierto mi poca pericia en la mendacidad o, en último término, explicar la verdad, lo que me podía dejar a los ojos de Fabien como un perfecto idiota, algo que por otra parte es posible que pensara sin necesidad de más argumentos.

Opté por una solución que, pasado el tiempo, pude denominar como intermedia, ya que no formaba parte de una mentira ni era la realidad, ya que el suceso que relaté a Fabien ocurrió unas semanas después, como pude comprobar para mi sorpresa. Mi mente laberíntica se adelantó a los acontecimientos, no me pregunten cómo ni por qué. Un grupo de amigos nos solíamos reunir en una de las tabernas cercanas al puerto –comencé así mi explicación-, y en una de nuestras conversaciones, hablamos del libro. En realidad habló uno de nosotros, mentí en aquel espacio temporal, y a raíz de dicha conversación sentí la necesidad de leer la nouvelle para poder hablar de ella en nuestra próxima reunión. Fabien pareció conforme con mi explicación, o eso pensé a juzgar por sus palabras: La compró un caballero que era la primera vez que entraba en la librería, aunque confío que no sea la última. Seguramente el mismo que le ha hablado de la nouvelle será quién me compró el primer ejemplar, concluyó, y volvió con su tarea dejándome atónito.

Confundido, dejé la librería y reanudé mi costumbre regresando a mi mansarda para tomar un té como único consuelo para mi estómago, leer un poco –comencé la nouvelle-, descansar y esperar mejores tiempos. Quedaba claro que la joven de la Lucky Tavern había comprado la obra en otra librería, eran varias las francesas que se desparramaban por la ciudad. Leí Les ruffians de un tirón, tal era mi ansia por conocer la novela que ella leía en la Lucky Tavern, a dónde pretendía volver al día siguiente con la esperanza de encontrarla y entablar una conversación. Desde la huida de Alice necesitaba aire fresco en mi vida. Y dejar de beber el asqueroso té negro que se empeñaba en hacerme tomar y al que, a fuerza de repeticiones, me había aficionado al llegar a casa, olvidando el ahwa sada egipcio al que era fiel.

Siguiendo mi plan, al día siguiente volví al puerto para realizar el recorrido al que me había habituado y cuando calculé que llegaba la hora, poco antes del crepúsculo, en la que había entrado la tarde anterior en la Lucky Tavern me encaminé hacia allí. En realidad, no estaba lejos. Todo el paseo lo había circunscrito a los alrededores del garito, caminando por Noorderlaan y las calles adyacentes, vigilando la entrada de la taberna, en la esperanza de ver aproximarse a la joven. Pero mis dotes de sabueso husmeando su llegada no dieron fruto, lo que en aquel momento interpreté con desaliento. Con seguridad, la aparición de la joven el día anterior había sido un acontecimiento casual, como también se podía

deducir qué aquella tarde fuera la única en la que se dejó caer por allí.

El camarero magrebí me sirvió mi pastis con su vaso de agua y me lo fui bebiendo con morosidad, todavía esperanzado en que apareciera de un momento a otro. No fue el caso y tuve que acabar las bebidas y volver a la mansarda abatido y desorientado. Ni siquiera pregunté al camarero, devastado como estaba, por la joven que leía la tarde anterior en la mesa del fondo. Regresé un día después, y al siguiente y al posterior. Cada una de aquellas tardes iba reduciendo mi presencia en los alrededores de la Lucky Tavern y volviendo a mi recorrido habitual por el puerto, dónde confiaba encontrar algún anuncio de trabajo que me devolviera mi anterior ocupación. No sucedió ni una cosa ni otra, ni la encontré a ella ni se ofrecía ningún puesto como vigilante de algún almacén. En todos los paseos, mi mano sujetaba el ejemplar de Les ruffians en el interior del bolsillo de mi abrigo.

Cansado de recorrer el puerto y perseguir la sombra de una mujer que tal vez sólo había existido en la profundidad de mi mente errática, decidí, justo una semana después de aquel encuentro, que cambiaría mis hábitos y dejaría de caminar por el puerto y los alrededores de la Lucky Tavern. Me tomaría una última copa de pastis.

Fue llegar a la avenida, encontrarme de frente con la fachada de la taberna y empezar a sufrir un proceso febril. O eso me pareció. Nunca me había sucedido un hecho semejante. Ahora, al recordar aquel momento, pienso que mi comportamiento se asemejó mucho a los de los preadolescentes en los instantes previos a su primera cita. Mi estado de ánimo emergió del abismo y me dirigí con paso firme hacia la taberna en la seguridad que ella estaría dentro.

No me equivocaba. Aunque misteriosamente a diferencia de otras tardes, el local se encontraba muy concurrido de parroquianos; me acodé entre los bebedores que poblaban la barra y desde allí pude alcanzar a distinguir a la misma joven que una semana antes leía Les ruffians en el mismo asiento y casi en la misma posición. Abriéndome paso entre los clientes intenté llegar hasta ella, decidido a conocerla. Estaba seguro que esa mujer iba a cambiar mi vida.

Ella seguía leyendo otra nouvelle, pero esta vez no era Les Ruffians y llevaba el pelo suelto. Poco me importaba. Tenía un tema de conversación que ella misma me había ofrecido al susurrarme el título. Tan apresurado caía sobre mi destino que tropecé con un hombre bajito embutido en una gabardina gris con una abundante melena rubia y un rostro amorcillado. Mijn schuld; dijo en perfecto flamenco e inclinó leve y despaciosamente su cabeza pidiendo excusas, aún cuando la culpa era mía, no suya como había asegurado. Me eché a un lado y lo miré con cara de desprecio. Me

pareció un tipo servil y rastrero al que mi corpulencia había intimidado.

Ha sonado la sirena y tengo que dejar mis recuerdos. Es hora de salir al patio para unos paseos con el Pequeño Juan. Debemos parecer una pareja estrambótica. Uno tan alto y fuerte y el otro tan mínimo y apocado.

Capítulo 5

No se me da muy bien la escritura, pero el Comisario Jefe me ha pedido que detalle en un informe todas los indicios y pruebas y, como consecuencia, todas las conclusiones que me han llevado a sospechar que se produjo un robo de diamantes en una importante compañía de la ciudad en los primeros días del mes. Tanta ha sido mi insistencia que decidió concederme una semana de plazo para investigar el asunto con la única ayuda de un oficial y mi secretaria. Esta última por mi aversión a redactar informes. Creo que lo ha hecho para desembarazarse de mi obstinación y sin ningún conocimiento. O quizás, cercana ya mi jubilación, ha decidido dejarme tranquilo estos últimos meses. Naturalmente, él y yo estamos muy alejados de lo que consideramos la ciencia policial. Yo, un agente curtido en la calle y él, un diletante creado en las aulas universitarias y en los seminarios internacionales sobre la práctica policial.

Como no soy ducho en la pluma prefiero dictar a esta grabadora Sony mi informe y que mi secretaria de confianza, Marie, pase a limpio y a papel mis conclusiones como ya hemos hecho en pasadas ocasiones. Sabe lo que tiene que hacer. Es un decir, ya que tanto mis palabras declamadas como su transcripción a prosa quedarán grabadas como ficheros informáticos para la posteridad dejando el invento de Gutemberg en alguna de las salas de esos templos del aburrimiento que son los museos enciclopédicos para el atontamiento de generaciones futuras.

Acotación de la transcriptora: Preguntar al comisario De Vries ¿Estos primeros párrafos se deben incluir en el informe final para el Comisario Jefe? Marie se ha puesto repentinamente enferma esta mañana y me han encomendado esta transcripción.

Cierto es que se trata de un robo negado por todos los involucrados, especialmente la compañía que ha sufrido el asalto, y, como parece que se trata de hechos inexistentes, todo el mundo declina comentar el suceso. Como comprenderá, no puedo hablar de algo que no ha sucedido, me dijo con verborrea insultante el presidente de la Veerglund Diamond NV, la compañía dónde tuvo lugar el posible robo. Se trata de una pequeña compañía especializada desde antaño en el corte y pulido de diamantes, que siempre ha trabajado por encargo para las grandes corporaciones establecidas en Antwerpen. Según su presidente, nunca ha sido una sociedad que haya tenido entre sus negocios la transacción de diamantes. Somos simplemente una pequeña empresa manufacturera de corte y pulido de diamantes que gracias a nuestro prestigio, labrado a lo largo de los años y varias generaciones, trabajamos por encargo de otras compañías, ya sean comerciantes, mayoristas, distribuidores o

intermediarios en el negocio del diamante. Artesanos en una palabra, es lo que somos. Ha disertado solemnemente como si estuviera recitando la Torá.

Es el primer problema con el que me he encontrado. Las afirmaciones del presidente de la Veerglund se corresponden con los datos que constan de sus actividades en los documentos públicos. Todas sus transacciones comerciales tienen su origen y su término en la propia ciudad. No ha realizado ninguna compra de diamantes a empresa minera alguna en sus más de setenta años de antigüedad.

Pero será mejor que comience por el principio, es decir, cómo llegó hasta mis oídos la consecución del posible robo.

Mi primera noticia del atraco –dejaré de hablar de posible ya que, en mi opinión y según mis datos, se trata de un hecho consumado- me llegó por intermedio de una joven británica, estudiante en la ciudad, llamada Alice, quien me abordó una tarde, hace una semana aproximadamente, cuando estaba tomando mi cerveza diaria al caer la tarde en el pub del centro de la ciudad cercano a la comisaria y donde suelo acabar la jornada.

La joven se colocó a mi lado y me susurró al oído que le invitara a una cerveza. Giré la cabeza sorprendido, sin dejar de beber de mi jarra, y me encontré con una estudiante de pelo largo ligeramente ondulado, algo pajizo, y rostro delicado moteado de unas cuantas pecas. Portaba un par de libros que dejó en el mostrador mientras se despojaba de su cazadora. Dos tomos que versaban sobre el futuro de la construcción europea. Después se sentó en el taburete contiguo al mío sin ningún titubeo.

Sonrió de tal forma a mi sorpresa que no pude resistirme y acepté su insolente proposición. No lo puedo evitar, a pesar de mi edad sigo perdiendo el oremus por la sonrisa de las muchachas. Cuando el garçon fue en busca de su cerveza y se me vino abajo el embobamiento me volví nuevamente hacia Alice para pedirle una explicación a su descaro. No hizo falta. Ella misma comenzó un relato, prolijo y algo pomposo, que paso a reproducir a continuación, libre de adornos y sin pleonasmos ni redundancias.

Se presentó como una estudiante, escocesa de origen, en la Universidad de Antwerpen becada en uno de esos programas de intercambios que tan de moda están en estos tiempos. Investigaba temas de la Unión Europea y se declaró contraria al escepticismo que triunfa en su país sobre el asunto. Explicando alguno de sus razonamientos proeuropeos y criticando la postura de sus compatriotas acabó su cerveza y todavía no había comenzado a detallar las razones por las que me había abordado en la tranquilidad de mi trasiego diario. No hará falta decir que, a pesar de que el tema apenas tenía interés para mí, la dulzura de su tono, el brillo de sus ojos y, sobre todo, la visión de sus rodillas desnudas sentada en el

taburete de la barra me mantenían totalmente embaucado y en una dulce agitación de mis sentidos.

A pesar de mi excitación, decidí cortar su perorata ya que, a no mucho tardar, debía olvidarme del cosquilleo que me recorría el cuerpo, no atribuible precisamente a la cerveza y, debía regresar a mi hogar, dónde Margherite me estaría esperando con el plato de sopa en la mesa y su agria cara modelada en treinta interminables años.

Ella se percató de mi interés y cortó abruptamente sus alabanzas comunitarias para pasar a relatar cómo en los últimos meses había convivido con un hombre mayor que ella que trabajaba como vigilante de seguridad en unos almacenes del puerto. Fui nuevamente a detener su exposición cuando volvía a coger velocidad en su habla y por segunda vez detuvo su narración para precisar en una única frase los motivos por los que se había decidido a hablar conmigo.

Mi antigua pareja es el responsable de un robo de diamantes que sucedió hace varios días aquí, en Antwerpen.

Fue una sentencia que relanzó mi interés, al margen de sus rodillas, y por la cual me gané la reprimenda de Margherite por llegar tarde y un plato de waterzooi –es lo único que sabe cocinar- totalmente empastado y frío como castigo.

Al acabar de pronunciar semejante veredicto, pidió una nueva cerveza al garçon, naturalmente a mi cargo. Después aseguró, entre sorbo y sorbo, que el susodicho atracador decía llamarse Carou, si bien su verdadero nombre es Andrés India, natural de la ciudad picarda de Amiens de padres emigrantes españoles con pasaporte francés aunque probablemente doble nacionalidad. Le pregunté más detalles de su ocupación a lo que me respondió que, durante el tiempo que convivieron, trabajaba de vigilante nocturno en unos almacenes de una empresa logística. Desconocía el nombre de la empresa aunque sabía que, por comentarios que había escuchado de su pareja, realizaban transportes entre el puerto y la cercana región del Ruhr.

Dicha empresa había despedido a India recientemente, lo que le había despeñado en una profunda depresión que le había llevado a pasear compulsivamente por los alrededores del puerto y a beber pastis, también impulsivamente y sin medida, a falta de absenta o de otro licor anisado de la tierra de sus padres de fuerte graduación. Según Alice, en uno de esas tardes, acodado en la barra de alguna taberna del puerto, conoció a otro sujeto con quién perpetró el robo, si bien era India, más conocido como Carou, el cerebro gris de toda la operación, volvió a asegurar la estudiante escocesa.

De buena gana hubiera seguido observando las rodillas de Alice en una postura con la cabeza inclinada hacia abajo, haciéndole ver que me colocaba en semejante posición para escucharla mejor dado el griterío del local, cuando en realidad sólo me deleitaba en sus piernas. Mis oídos son lo mejor de mis sentidos junto con el tacto. Pero debía marchar.

Antes de terminar le pregunté si conocía el nombre de la empresa saqueada. Me entregó una nota en la que constaba el nombre, Veerglund Diamond NV, sita en Pelikaanstraat. Dejamos allí su relato ya que debía volver a mi casa, se hacía tarde y por otra parte no quería seguir escuchando su explicación sin antes hacer algunas indagaciones. Estuvo de acuerdo, cuando comprobara sus palabras y yo estuviera convencido de su veracidad, continuaría con la cronología de los hechos.

Regresé a casa después de citarla al día siguiente en el mismo sitio y a la misma hora ya que no quería entrar en la comisaria. No me negué por dos motivos: una visita oficial ofreciéndome datos de un robo del cual en la policía no teníamos noticias podía ser interpretado como una chaladura o una tomadura de pelo de la confidente, y ya me han tomado bastante el pelo a lo largo de mi carrera. Y segundo y más importante, sus rodillas que podía observar en la barra del bar y no ocultas detrás de la mesa de mi despacho.

Regresé a casa como digo, pensando que no se había cometido ningún robo de diamantes en toda Bélgica desde el sucedido en el aeropuerto de Bruselas unos meses antes ¿De qué robo me estaba hablando? Tales cavilaciones consiguieron que olvidara la cara de Margherite como solía hacer de camino a casa, por lo que al llegar y encontrármela de frente al abrir la puerta, sin precalentamiento, casi me produce una crisis cerebrovascular.

Luego sucumbí a la masa informe de waterzooi, con lo que me fui a la cama pensando en el suicidio como solución a mis problemas. Pero… se me apareció el rostro de Alice y resucité, olvidándome de Margherite y su sopa de pollo a la manera flamenca.

Acotación de la transcriptora: ¿Realmente quiere el comisario De Vries contar todo esto en su informe? Tengo que hacerle llegar que yo no soy Marie y que no dispongo de instrucciones precisas para redactar este informe a partir de su grabación. Pero el comisario está de servicio en Holanda por una reunión de Europol y no se le puede importunar. Así que, de momento, continuaré con la transcripción literal.

Al día siguiente por la mañana me acerqué a Pelikaanstraat. Me recibió el director gerente de la empresa. Un hombre demasiado alto como para ser judío, contrariando lo que parecían atestiguar su apellido y su nariz prominente, pero sobre todo su atuendo jasídico. Mr. Goldsmith reaccionó muy sorprendido cuando supo los motivos por los que me encontraba en

su despacho. Tenemos noticias de que su empresa ha sido víctima de un robo de diamantes.

Por la tarde volví a reunirme con Alice en los mismos taburetes. Ella ya esperaba allí cuando llegué y para mi disgusto vestía unos pantalones vaqueros muy ajustados que ocultaban sus deliciosas rodillas. Sin embargo, enseguida decidí perdonarla al comprobar que los botones superiores de su blusa de color tostado bailaban desabrochados y dejaban atisbar la redondez de sus senos y, no menos importante, favorecían la expansión de sus efluvios. Un perfume que, de inmediato, me embriagó más que las dos cervezas que bebí intentando enmascarar mi nerviosismo durante nuestro encuentro.

Le pedí que regresara sobre su relato, pero antes me preguntó si había hecho alguna indagación sobre su confesión. He intentado comprobar su testimonio, respondí evitando catalogar su relato de confesión, ya que no cabía duda que si ella conocía los detalles del atraco debía formar parte de la banda, por mucho que intentara cargar toda la culpa sobre su antiguo compañero. Esperé unos instantes a modo de interludio que aproveché para beber de mi jarra y comprobar su reacción. Pero no me salió muy bien la jugada ya que ella apenas denotó ninguna expresión. Tuve que continuar comentándole que en la empresa robada negaban de plano todas y cada una de las afirmaciones que había lanzado el día anterior.

Era de esperar, replicó con aplomo; cometían un delito y reconocer ser las víctimas de otro podría llevarles a funestas consecuencias. Se hubiera destapado todo su entramado desde hace años. ¿Sugiere usted –le interrumpí- que dicha empresa comercia con diamantes al margen de la hacienda pública y los tratados internacionales?

Dejó un gesto displicente en el aire que devolvió nuevamente un aroma de rosas a mis sentidos. ¿Givenchy? Pudiera ser, mientras intento recrearlo al dictado de estas notas. Pero es un perfume demasiado francés para una británica. Demandé al camarero una nueva jarra mientras Alice respondía. Sólo le hablo de lo que conozco, el robo de diamantes a la empresa Veerglund Diamond NV, contestó con rotundidad apresurada elevando el tono de voz.

Bien, la tranquilicé, hablemos del robo, porque estamos hablando de un robo, no de un atraco ¿cierto? Me acerqué tanto a ella para plantearle la cuestión que por un momento nuestros labios quedaron a pocos centímetros unos de otros. Un ligero despiste, un movimiento inesperado, un pequeño empujón de los parroquianos que nos rodeaban en la barra del pub y hubieran coincidido, aunque no era esa mi intención. Se me quedo mirando algo turbada, con sus ojos castaños fijos en los míos, desde luego no tan luminosos, pero su desconcierto no fue debido a mi

cercanía sino a la naturaleza de la pregunta.

¿Cuál es la diferencia? Preguntó angelicalmente, con lo que me vi en la obligación de retirarme ligeramente, no sería yo, un comisario de la Policía Federal[1] quién soliviantara un ángel. Chérie, comencé mi explicación con esa bella palabra francesa que tan buenos resultados me ha dado en algunas ocasiones, aunque ya un poco alejadas en el tiempo; en ese pequeño detalle radica la naturaleza del delito. ¿Hubo violencia? Sí, confirmó Alice con prontitud. ¿Armas? Desde luego, incluso un tiroteo en el que resultó herido uno de los hombres que custodiaba el transporte. A raíz del abatimiento del custodio de la mercancía, su compañero depuso las armas y entregó la mercancía. Naturalmente no era la intención de Carou pero según me confesó se puso algo nervioso y no tuvo más remedio para solventar la situación que iniciar el tiroteo para doblegar a los transportistas. Andrés no es un hombre violento, debe de conocer ese extremo, señor Comisario, pero según me explicó posteriormente no pudo evitar el uso del subfusil automático, aunque no comprendiera cómo había podido perder los estribos; él, tan acostumbrado al manejo de armas y con más de quince años de experiencia como guarda de seguridad y siempre con una pistola al cinto. Solamente en una ocasión anterior se vio en la necesidad de sacarla de la funda y encañonar a unos rateros que se habían introducido en la nave que vigilaba por un conducto del aire acondicionado y pretendían robar aparatos electrónicos al cargo de la compañía de logística dónde prestaba sus servicios. Sin duda para revenderlos en el mercado negro. Y ahora, nuevamente había sentido la necesidad de desenfundar y apuntar a uno de los transportistas de los diamantes… No se puede usted imaginar, señor Comisario, la zozobra que le sofocaba al contarme los detalles…

Levanté la mano en un ademán de detener su atropellado relato y esperé nuevamente unos segundos intentando una pausa dramática y sopesando los hechos, tanto los relativos al atraco, porque estaba claro que se trataba de un atraco, como los pertinentes a la situación en la que nos encontrábamos con Alice repentinamente azorada. Busqué un pañuelo de papel en el bolsillo de mi chaqueta y se lo ofrecí. Al recogerlo de mi mano, sus dedos rozaron los míos y…

Nota de la transcriptora: Creo que voy a dejar de transcribir estos pasajes en los que el comisario De Vries habla de sus reacciones ante su confidente. No creo que sean pertinentes en lo que a la investigación policial se refiere. Aunque por otra parte ¿Quién soy yo para tomarme estas libertades? Creo que debo poner por escrito fielmente las palabras del comisario y avisarle de que he realizado la transcripción tal y como él la ha dictado en la grabadora. Además, creo que él mismo revisará el escrito y será en ese momento que deba pedirme la eliminación de estos párrafos que comentan sus sensaciones. Otro punto a favor de seguir transcribiendo literalmente sus palabras se debe a que estoy en período de pruebas y cualquier informe negativo por parte del comisario puede

entorpecer mi futuro aquí o incluso puede devolverme a mi labor anterior como secretaria de una empresa de mudanzas y ese sí es un trabajo aburrido. Continuaré por lo tanto con la literalidad del informe.

… no pude reprimir un gesto de placer que creo que Alice no descubrió, emocionada como estaba recordando al tal Carou o Andrés India. Esperé unos momentos que Alice se recuperara de su afectación, momento que aproveché para acabar mi jarra de cerveza. La segunda del día y aunque sabía que no debía pedir una más, lo que retrasaría mi llegada a casa y me enfrentaría nuevamente con el ceño agrio de Margherite, hice una seña al garçon para que me sirviera. Para entonces ya Alice había recompuesto la figura, sonriéndome a la vez que se llevaba el pañuelo arrugado a su delicada nariz. Presto le ofrecí un nuevo pañuelo y volvió a dedicarme otra luminosa sonrisa. Pero pude recomponerme yo también y dejar mis sentimientos por un momento para comenzar mi labor policial.

Dice usted, señorita… Alice, respondió de inmediato, Alice McFarland. Menos mal, me había olvidado de preguntarle su nombre el día anterior. Dice usted, Alice, que su amigo Carou disparó a uno de los trasportistas del cargamento de diamantes. Así es, comisario, pero en el tiroteo solamente le hirió en su muslo derecho, pero fue suficiente para que entregaran la mercancía sin mayores contratiempos. Incluso al concluir de cargar la mercancía robada en nuestra furgoneta, una pickup americana, le hizo un torniquete para evitar que siguiera perdiendo sangre y le recomendó acudir a un hospital. A pesar de todo tiene buen corazón.

Volvamos al principio, le pedí. Necesito que me explique con calma todos los pormenores del atraco, con tranquilidad. Nada más acabar de pronunciar estas palabras, volvió a comenzar un prolijo y descompensado relato que hube de interrumpir con un autoritario ademán de mi mano. Convinimos que sería mejor que yo le hiciera preguntas claras y directas y ella me respondiera de la misma forma. Le pedí otra cerveza, momento que aprovechó para levantarse del taburete, estirar las piernas y ajustarse el pantalón. Al hacerlo se acercó tanto que casi me desmayo sobre ella. Afortunadamente pude mantener la compostura y Alice subió nuevamente a su asiento, bebió un sorbo de su jarra y esperó mi primera pregunta.

Capítulo 6

Todavía no consigo entender cómo pude dejarme embaucar para participar en tal despropósito y mucho menos explicarles mi estado de ánimo cuando caí en la cuenta del error cometido. No sólo no recibí parte alguna del botín, que según Judith, la amiga del Mago, todavía no había salido de la ciudad cuando nos reunimos a petición suya en un hotel de las afueras, sino que, como consecuencia del robo, Veerglund Diamond NV, nuestra pequeña pero puntera empresa manufacturera se despeñó en la quiebra más profunda.

Pocos días después del robo apareció por las oficinas, en el ala oeste de la planta que ocupábamos, un comisario de policía que decía investigar un robo de diamantes sufrido por nuestra compañía. Naturalmente, nadie dio crédito a su investigación. Sólo yo y, por supuesto, los jefes de la compañía al tanto del comercio ilegal de piedras preciosas que, presumo, veníamos realizando desde unos años atrás, sabíamos del suceso. Por supuesto, en mi respuesta al extraño interrogatorio que me realizó el inspector en presencia de nuestro presidente, Mr. Goldsmith y un abogado de la firma, negué saber nada tanto de robos como de comercio ilegal, aunque en realidad nadie habló de tráfico de diamantes. El policía no había investigado lo suficiente y desconocía que la empresa no compra material, solamente tallamos y pulimos las gemas llegadas en bruto. Así que tuvo que ser Mr. Goldsmith quién señalara esa circunstancia, acusando al policía de culpar, a su vez, a la empresa de comercio ilegal sin pruebas y con absoluto desconocimiento. El comisario no supo que responder, no estaba preparado para esa terminante respuesta. Y así sucedió varias veces en sus interrogatorios; desconocía el terreno pisaba y se deslizó en varías ocasiones dándose unos buenos costalazos, figuradamente se entiende. El agente novato que le acompañaba intentó en varias ocasiones corregir y apuntar defectos en su interrogatorio, pero el comisario le ordenó permanecer en silencio y, sorprendentemente, aprender de su perspicacia. El pobre oficial no sabía dónde esconderse, mientras su cara refleja el bochorno por el que estaba pasando.

Y como yo respondieron los demás artesanos que ocupábamos la zona diáfana del este, la contraria a Pelikaanstraat. El inspector, no recuerdo su nombre, me hizo algunas preguntas como he dicho, la mayoría con nulo sentido y, en mi opinión, descabelladas. Llegó a preguntarme por una herida de bala en mi muslo derecho. Tal fue su insistencia en la creencia de que yo había recibido un balazo durante el atraco, en el que, según su quimérica composición yo había participado como trasportista de la empresa, que no me quedó más remedio que bajarme los pantalones allí mismo y quedarme en boxers, negros y ajustados, por supuesto, delante de Mr. Goldsmith y el resto de mis compañeros. Nuestro abogado se negó a que realizará semejante demostración sin una orden del juzgado, pero no tenía nada que ocultar como pude demostrar con contundencia. Tengo

que proclamarlo, fue una hazaña en medio de mi anodino discurrir.

¿Por qué decidió que era yo uno de los transportistas? Era el más joven entre los talladores, todos ellos ya cercanos a la setentena, a excepción del novato Houseman, un chico recién aterrizado en el taller, ocupando el puesto de su padre, el tallador principal de la Veerglund, recientemente jubilado.

Quedó sorprendido de no encontrar ninguna huella de bala o cualquier otra herida, pero se recuperó al instante y con renovados bríos acusó a la empresa de utilizar a alguno de los talladores como transportista ocasional en el comercio ilegal de la empresa. Todos mis compañeros, excepto uno, decidieron seguir mi ejemplo y, literalmente, se bajaron los pantalones allí mismo en presencia del inspector, el oficial de la policía que le acompañaba, Mr. Goldsmith y Violette, la secretaria de nuestro director, que se ruborizó ante tanta y blanca desnudez. El abogado, para entonces, se había encaminado hacia su despacho para preparar una demanda contra la policía. Mr. Goldsmith pudo parar semejante disparate, obligándole a regresar para estar presente en la bajada de pantalones. Mucho me temo que nuestro gabinete jurídico es un poco mayor y tales demostraciones le afectan a su libido. De todos es conocido que nuestro departamento legal es muy amanerado y se ruboriza con facilidad.

De vuelta el abogado se procedió a la escena. Como resulta que ninguno de mis compañeros mostraba marcas de herida de bala en sus escuálidas piernas, solamente quedaba el pobre Houseman, tan joven y apocado que se negó en redondo y entre lágrimas a seguir la pantomima. Lo condujeron a comisaria, convencidos de su culpabilidad, sin embargo no tardó en regresar compungido y sonrojado. Su negativa a enseñar sus desnudos muslos se debía a que debajo de sus pantalones no había ninguna otra prenda que cubriera sus genitales, estos parece que sí circuncidados. Lo digo para general información.

No fue este el único motivo por el que considero que el inspector que decía tener pruebas suficientes del atraco es un auténtico botarate. Fueron varios los momentos en los que su falta de pericia, a pesar de su edad y los años de servicio que debía acumular en su carrera, y la confusión que denotaban sus preguntas me llevó a pensar que alguien estaba manejándolo como una marioneta. Y no se me ocurría nadie mejor para hacerlo que el Mago, aunque puede ser que esté equivocado. Según Judith, el Mago está muy apesadumbrado y desmejorado, hasta tal punto que ella piensa que debe reponerse o de lo contrario puede llevarle a la enfermedad y quién sabe si algo más. No es algo que me importe.

A su extraña obstinación sobre la herida de uno de los atracadores y sobre todo al empecinamiento en que este ladrón debía ser un miembro de la Veerglund, se añadieron otras preguntas a cuál de ellas más estrambótica. Sin duda, el inspector De Vries, acabo de recordar su nombre, no dará

nunca con ninguno de nosotros, lo que me tranquiliza. Otra cosa es Goldsmith.

Cansado ya de sus tonterías, cuando regresó después del fiasco del pobre Houseman, no pude por menos que preguntarle, en presencia de Mr. Goldsmith, a qué hora se había producido el robo. Por qué si se había producido en horario de trabajo, todos trabajamos ese día y ninguno de los talladores abandonó su puesto de trabajo. Mis palabras desarmaron al comisario que no supo cómo reaccionar. También esperaba confundir a nuestro director, pero me temo que apenas conseguí mi propósito. Finalmente balbuceó que el robo se había producido al amanecer. Pero quedó claro por su torpeza que no tenía ni idea de la hora del robo. Naturalmente yo sí sabía que se había producido en mitad de la mañana, y ese conocimiento y los detalles que conocía del proceso me permitían ir por delante del inepto comisario.

Yo no estuve presente en el acto central de esta tragicomedia, el asalto al coche donde se transportaban los diamantes y piedras preciosas, pero por lo que supe con posterioridad, el plan previsto por el Mago funcionó a la perfección. Nadie salió herido y la mercancía cambió de manos en un abrir y cerrar de ojos. Eso aseguró el Mago, y así fue hasta unos días después que comenzaron los problemas.

Si yo no estuve presente en el robo, se preguntaran ustedes cuál fue mi función. Y sin duda alguna pensarán que mi cometido era el de suministrar la información necesaria para cometer el robo. Fecha del transporte, horario y lugar de llegada de la mercancía, medio y ruta de transporte… en fin, todos los datos logísticos. Y dado que, como les he anunciado anteriormente, no hubo el más mínimo problema, creerán que la información suministrada resultó ser enteramente fiable. Sin embargo, yo no tenía idea de que mi compañía traficaba con diamantes, diamantes de sangre según la definición de una conocida película. Se lo puedo asegurar, jamás llegué a pensar que muchos de los diamantes que han pasado por mis manos procedían de transacciones turbias de la Veerglund Diamond NV. Resulta difícil asegurar que yo no tuve ninguna función en todo el proceso, pero lo puedo confirmar con absoluta certeza.

¿Cómo fue posible? Muy fácil. Fui seducido por un hombrecillo embutido permanentemente en una gabardina gris metálico, aún en días soleados, y adornado por una peluca grotesca. El Mago, tal y como comenzamos a llamarle cuando se erigió en cerebro de la operación. Un hombre que apareció de la mano de mi vecino de rellano, el vigilante de seguridad y antigua pareja de Alice. Él me convirtió en el señuelo del atajo de delincuentes. Aunque Alice también tuvo su parte de culpa.

Llegaba un día de mi trabajo con la sonrisa en los labios, en la confianza de que Alice me esperaba en casa con una humeante taza de té negro cuando al llegar al portal se me hizo un nudo en la garganta, como si el

cuello cisne de mi jersey negro me apretara hasta la asfixia. Mi vecino me esperaba en el portal. Naturalmente, mi primera emoción me obligaba a echar a correr. Mi gigantesco vecino, venía directo a por mí, por haberle robado a la novia. Lejos de responder a mis deseos, mis piernas se quedaron ortopédicas, incapaces de articular un solo movimiento. Apenas noté un ligero espasmo en alguno de mis esfínteres, pero afortunadamente no paso a mayores. Carou, que así se apoda el cíclope, se acercó a mí con la mejor de sus sonrisas y pasando su brazo por mis hombros me invitó a tomar una cerveza después de presentarse como mi vecino de rellano, algo que por otra parte usted ya debe conocer. Me presenté a usted hace dos años, cuando vive a vivir a Schippers, es una pena que no hayamos coincidido con más asiduidad. Proclamó en tono amistoso.

No estaba en condiciones de negarme, como tampoco lo estuve cuando al concluir nuestro casual encuentro, así lo definió, me invitó a pasar cualquier tarde por una taberna en la zona de Nooderland, donde, aseguró, servían la mejor cerveza de Antwerpen, una cerveza artesana de larga tradición. Si bien aduje algunas disculpas propias de mi carácter, insistió con vehemencia, casi diría que con violencia verbal, por lo que me vi en la necesidad de concertar una cita para dos días después en la Lucky Tavern.

El resto de nuestro encuentro transcurrió en una conversación banal sin venir a cuento, yo acomplejado de tanta humanidad que me podía aplastar contra el suelo de un breve pisotón y él hablando sin parar de la ciudad de Antwerpen, los años que llevaba allí y cuanto envidiaba a los nativos. Yo soy nacido en Genk, le dije acobardado y temeroso de que semejante confidencia no le cayera bien. Pero todo lo contrario, siguió derrochando simpatía hasta que cuando ya intentaba una salida a situación tan comprometida para mí, habló por fin de lo que me temía. Alice.

No debía preocuparme, me dijo. Nos deseaba toda clase de felicidad. Reconocía que había vivido unos meses maravillosos a su lado, pero la diferencia de edad, que no era tal en nuestro caso, y otras de carácter imposibilitaban el futuro de su relación. Y sin más y para despedirse fue cuando me invitó a la Lucky Tavern de forma perentoria. Nuevamente alguno de mis esfínteres me envió un mensaje pero tampoco pasó a mayores.

Subí a casa compungido, toda la alegría de encontrarme con Alice se había evaporado. Sin embargo, no tardó en reproducirse en mi ánimo, cuando al contarle la experiencia, ella no sólo no afeó mi pusilánime carácter, sino que me impulsó a acudir a la reunión.

Fue allí, dos días después cuando conocí al Mago y a Judith, además de volver a saludar a mi nuevo amigo y convecino. En las sucesivas

reuniones, mi ánimo se infló. Pasadas unas reuniones en las que fuimos tomando confianza, por fin explicó el Mago que mi compañía, la Veerglund Diamond NV, llevaba años traficando con diamantes de sangre. Se los robaríamos. Me sentí cómo un nuevo caballero andante que iba a acometer la más ardua de sus tareas, que le llevaría al heroísmo. Devolvería mi parte del botín a quiénes habían sido saqueados en primera instancia. En esos momentos no me percaté que sólo era una añagaza para desviar la atención del verdadero responsable del atraco. Un ser ruin y despreciable ataviado siempre con una gabardina metálica.

Me hizo creer que me necesitaban. Por primera vez en mi vida, y fuera de mi rutinario trabajo, alguien se había percatado de mi existencia y precisaba de mis habilidades. Me hizo creer que podría llegar a ser un héroe.

Ahora, pasado el tiempo y rememorando aquellas reuniones en la Lucky Tavern, he llegado a entender mi función en todo este proceso. Simplemente soy el chivo expiatorio, el nombre que ha aparecido en la mesa de Mr. Goldsmith y a partir del cual van a empezar a tirar del hilo y descubrir a toda la banda. ¿Cómo lo sé? Muy sencillo. Desde que dejé ayer mi trabajo, vaya donde vaya y haga lo que haga, dos hombres bien trajeados me siguen sin perderme de vista. Forman parte de la banda, otra más pero ésta muy bien preparada, de sicarios que ha organizado la Veerglund Diamond NV para acabar con los responsables del robo. Supongo que el Mago ya conoce la situación, tendrá otros sicarios esperando frente a su domicilio, lo que le ha llevado al estado de descomposición que dice Judith. Nos volvimos a reunir hace unos pocos días.

Ahora mismo puedo ver a uno de ellos al otro lado de la acera, mirando fijamente hacía mi ventana, sin descuidarse un momento. Su compañero estará apostado en otro punto por si decidiera escabullirme, algo que, por otra parte, no sé cómo podría hacer a pesar de mi delgadez.

Soy plenamente consciente de estos sicarios estarán a punto de llamar a mi puerta. Seguramente esperarán una llamada de Mr. Goldsmith. Les recibiré con los brazos abiertos, es la única posibilidad que me queda, pero aún así dudo mucho que dejen de cumplir su misión y por la que habrán recibido un buen dinero. Les hablaré de todos los miembros de la banda, de todos y cada uno. Sin embargo, apenas podré aportarles algún dato que les pueda ser de utilidad. Un teléfono de contacto de una meretriz que, sin duda, ya habrá dado de baja; el nombre y la descripción, incluso de la partes más íntimas, de una joven escocesa, estudiante en la Universidad de Antwerpen; un frutero que, según parece, ofrecía las mejores naranjas del levante español; un vigilante de seguridad sin trabajo y sin inteligencia pero con un cuerpo de boxeador sonado; y finalmente los dos actores principales: el marionetista de semejante comedia, un hombre bajito y regordete con una peluca rubia

que se hacía llamar el Mago y el séptimo personaje, como el séptimo sello, del que todos, excepto el Mago, desconocemos su nombre y aspecto y quién, al parecer y según mi opinión, se ha podido apropiar del botín.

De estos dos últimos apenas podré aportar ninguna información que pueda convencer a los sicarios para mantenerme con vida. Solo puedo decir que, a pesar de lucir una abundante melena rubia, una peluca como he señalado siempre, que podría haber servido de faro a los barcos de la Compañía de las Indias Occidentales en su navegación por el Índico, el Mago es un hombre que se mueve permanentemente en la penumbra. Ya saben, ese espacio o tiempo en que apenas la luz permite la visión completa y real de los objetos, cuando los sentidos se confunden y la percepción se difumina en un mar de dudas.

Ya podía estar iluminado por los más potentes focos de la Lucky Tavern, que el Maquinador, como prefiero llamarle, permanecía en penumbra, oculto a todos los que pululábamos a su alrededor.

Sólo sí mi información es suficientemente relevante para que puedan recuperar el cargamento, podré pensar en salvar el pellejo. Una posibilidad remota, pero es la única. Que puedan recuperar los diamantes con mi ayuda, entonces es posible que la dirección de la Veerglund me deje maltrecho pero vivo.

Se preguntarán ustedes cómo decidí continuar con la banda y no acudir a la police, que es lo que debería haber hecho. Muy sencillo, una primera explicación ya la he ofrecido con anterioridad, en una vida anodina como la mía, una ráfaga de misterio y de transgresión de las normas podría ayudarme a salir de mi ensimismamiento. Pero esta es sólo la razón secundaria, la primera fue, sin duda, la posibilidad, que yo veía real de poder perder a Alice, de vuelta de nuevo a los brazos del vigilante de seguridad. En aquellas reuniones en las que hablábamos de todo un poco y un poco del atraco, el cíclope se destacaba cómo un hombre con aplomo, decidido a derribar cualquier muro que apareciera en su vida, con una seguridad en sí mismo que yo jamás he llegado a vislumbrar en la lontananza de mi efímera existencia. Tal comportamiento, quedo claro desde el principio, seguía enardeciendo a Alice, quién, a pesar de haberme jurado amor eterno y haber negado en multitud de ocasiones –que yo había planteado-, la posibilidad de volver con el macizo. Yo podía comportarme de igual modo que el picardo, y así se lo hice saber a Alice a la vuelta de uno de aquellas reuniones preparatorias. No vacilaría en llegar hasta el final del plan propuesto por el Mago.

Aunque, como quedo bien claro desde el principio, mi participación solamente tendría lugar una vez tuviéramos en nuestras manos la mercancía: según el plan propuesto por el Mago, al que todos dimos nuestra aquiescencia con prontitud, incluso diría que con entusiasmo, mi tarea consistía en valorar la mercancía sustraída a la Veerglund. Y, llegado

el caso y en función de las necesidades del mercado, poder tallar las piedras para aumentar su valor. No estaba muy de acuerdo con esta última posibilidad, al fin y al cabo, cada talla de un diamante o una piedra preciosa lleva en su forma la firma de su creador y la mía es muy conocida. Alice se enfadó cuando, en una de aquellas reuniones, planteé mis reticencias, y me lo hizo saber con una mirada reprobatoria que todavía me hiela la sangre. Naturalmente, hice saber que, dados mis conocimientos, podía cambiar esa firma y tallar los diamantes de acuerdo a otras geometrías que no me señalaran directamente. Alice se tranquilizó y por otra parte, el Mago señaló que esa posibilidad, tallar las piedras llegadas en bruto, era muy lejana y difícilmente tendríamos que trabajarlas.

Pensarán que también podría levantar el teléfono y preguntar por el comisario De Vries en este momento de apuro. Pero prefiero encararme con los sicarios que con el hombre a cuyo cargo se encuentra esta estrambótica investigación…

Y todo ahora que Alice ya no está conmigo. Si al menos estuviera, podría consolarme. Llaman a la puerta, tengo que dejar de escribir. Los sicarios acaban de llegar. Supongo. No veo a mi vigilante al otro lado de la calle.

Capítulo 7

Weber creía saber que habían contratado a una banda de sicarios para irse deshaciendo uno a uno de nosotros. Apenas le presté atención en aquellos momentos, a pesar de que no dejó de pasear nervioso por toda la habitación del hotel; pero unos días después la lectura de una noticia en la Gazet van Antwerpen, aportada por una agencia de noticias, me aterrorizó. Eric, el frutero, el hombre que suministraba las naranjas españolas a Ramón, había sido encontrado tiroteado en la trastienda de su comercio rodeado de naranjas esparcidas por el suelo. Una reseña aparte, en un recuadro en la gaceta, comentaba la reacción del comisario encargado del caso, el comisario De Vries, en relación a las naranjas. Una lástima el zumo que se había perdido.

Necesitaba encontrar a Ramón.

Fui hasta la cafetería dónde me había confesado que desayunaba todas las mañanas, un camarero me aseguró que no conocía a ningún cliente vestido con gabardina y de pelaje amarillento. Lo mismo me dijeron en el puesto de periódicos cercano a la cafetería dónde también me había explicado que compraba la gaceta cada mañana. No quise creer que me había equivocado, pensé que se trataba de un error en su explicación o en mi memoria. Al fin y al cabo, fue en medio de una conversación intrascendente, entre lectura y lectura, que me habló de sus hábitos.

Dediqué las mañanas de los días siguientes, desde que leí la noticia del proveedor de naranjas en la prensa, a buscar a Ramón. Y entonces reapareció Weber, nuevamente en una habitación en penumbra de un hotel de aeropuerto para asegurarme que los sicarios jasídicos que había contratado la su empresa, la compañía a la que habíamos saqueado, habían comenzado su trabajo. Sin prisa y sin piedad. Todo quedaba en casa, pero tres de nosotros habían desaparecido.

Aunque era lunes, mi día de descanso, al hacerme saber que se trataba de Weber, quedé con él como si fuera una cita de trabajo. Le expliqué que podía haber muchas otras posibilidades. Me siguen desde ayer. Dos matones me siguen a todas partes, gemía. Debería haberme encargado yo de él. Le siguen y no se le ocurre otra idea mejor que presentarse en el hotel. ¡Maldito idiota!

La noticia de la gaceta reclamaba la atención sobre el pasado criminal del desaparecido, apuntando a un ajuste de cuentas de la banda en la que se había desenvuelto durante años. Una venganza sobre un atraco producido un decenio antes y del cual, el asesinado se habría apropiado del botín, una vez pagada su culpa con la sociedad. Eso explicaba el alto tren de vida que llevaba, que, en modo alguno podía atribuirse a la venta de naranjas. Sin embargo, en la explicación del diario se olvidaban algunos

asuntos que me llevaron a pensar en la equivocación del planteamiento del redactor de la noticia. El frutero ya hacía unos años que había salido de prisión, como también señalaba el periodista, por lo que la pregunta era inmediata ¿cómo habían esperado tanto para tomarse cumplida venganza? Podría pensarse que los compinches habían tardado en localizar al traidor, bien porque se hubiera cambiado de nombre, hubiera sufrido una trasformación estética o cambiado su domicilio. Pero nada de eso había sucedido, el disparado seguía con su mismo nombre, en la misma ciudad y el mismo rostro alelado que había mantenido desde que dejara la pubertad.

Así pude comprobarlo, en los alrededores de la frutería dónde fue encontrado, preguntando discretamente a algunos vecinos, muy sobrecogidos por la noticia, haciéndome pasar por periodista. Desde que se hiciera cargo del negocio heredado de su tío, Eric se había comportado como un vecino modélico. Todos sabían de sus andanzas como delincuente, ya que su tío, el dueño original de la frutería, no hacía sino lamentarse del descarriado sobrino. Sus esperanzas, coincidían sus clientes y amigos, suspiraban por encarrilar al díscolo Eric, una vez hubiera cumplido su deuda. Y parecía haberlo conseguido, me informó una señora de edad avanzada, clienta desde los primeros tiempos del comercio.

Abandoné la zona al saber de la llegada de la policía buscando nuevas pistas y me dirigí al centro para intentar localizar al Mago, pero para entonces seguía desaparecido. Busqué entonces a Carou y me dirigí a su mansarda del barrio Schippers. Llamé insistentemente a la puerta pero nadie respondió. Recordé entonces que en una de nuestras primeras reuniones para preparar el atraco en la Lucky Tavern, había mencionado que era vecino del hombre lúgubre, me dirigí a la puerta contigua del rellano y llamé al timbre. Sabía que no podía encontrarme con el hombre lúgubre ya que debía estar en su trabajo, si es que no lo habían liquidado ya como al importador de naranjas, pero confiaba encontrarme con Alice.

Nunca me gustó Alice, desconfío de las mujeres que van saltando de flor en flor, eso es cosa masculina más bien; aunque no sé muy bien cómo puedo hacer yo semejantes valoraciones, he sido incapaz de mantenerme fiel a un solo hombre a lo largo de mi vida. Quiero decir, un hombre al margen de mi trabajo. Piensa el pobre Carou que él ha conseguido estabilizarme en su seno, pero nada más alejado de la realidad. Estoy cerca de él, porque él está cerca del Mago, que es quién realmente me interesa y a quién primero conocí. Todo mi interés se centra en encontrar a Ramón.

No fue en la Lucky Tavern. Por ironías del destino conocí al Mago en el mismo hotel cercano al aeropuerto dónde meses después me encontré con el hombre lúgubre y como en esta ocasión, en aquella, que fue la primera de las varias que coincidí en una habitación a solas con el Mago, me pagó

por mi tiempo, no por mis servicios.

¿Lee usted francés? Preguntó el hombrecillo embutido en una gabardina gris acero cuando hubimos acabado las presentaciones, incluyendo el pago de las prestaciones por adelantado. Por supuesto, respondí. Entonces, sin quitarse la prenda de abrigo, estábamos en invierno, aunque la temperatura en la habitación era bastante elevada, se sentó parsimoniosamente en una de las butacas junto al ventanal de la habitación. Se inclinó hacia un lado y sacó un pequeño libro del bolsillo de su gabardina y me lo entregó. Me gustaría que me leyera la novela.

Su brazo seguía extendido con la nouvelle en su mano señalándome. Yo estaba de pie, me había quitado el abrigo y lo había colgado en la percha del armario según mi costumbre. Mis manos estaban ya en unos de mis pendientes y me quedé así, como una estatua de Auguste Rodin, pensando. ¿Qué es lo que aquel hombrecillo quería de mí? A lo largo de mi vida he recibido múltiples proposiciones de muy diversa naturaleza pero aquella petición era la primera que recibía.

No soy lectora, respondí. Seguramente puede usted encontrar muchas personas que pueden leerle la nouvelle si usted no puede hacerlo. Y, con toda seguridad, por un precio mucho más económico que el que me acaba de pagar a mí. Estoy dispuesta a devolverle su dinero si es lo que quiere.

Quiero que lea usted la novela para mí. En ningún momento bajó el brazo con el ejemplar de “Le Compagnon indésirable” que me señalaba. Confundida, tomé el libro en mis manos, una edición muy antigua, seguramente una primera edición. Me senté en el borde la cama y lo ojeé brevemente. Leí la sinopsis. Odiaba ese tipo de literatura y odiaba al hombrecillo que seguía sentado en la butaca de la esquina de la habitación. Tiré el libro encima de la cama y saqué del bolso el dinero que me había entregado hacía sólo unos momentos. Ciento cincuenta euros. También los tiré encima de la cama cayendo los billetes desparramados alrededor de la novela de Ryck. Luego abrí la puerta del armario y saqué el abrigo con intención de salir de la habitación y del hotel.

Fue entonces cuando el hombrecillo dejó de parecer una estatua y se dirigió nuevamente a mí con sorprendente tranquilidad a tenor de la frase que pronunció. Al acabar de hablar sonreía con una mueca que me pareció sardónica pero que quizá sólo era la única expresión que su rostro le permitía. Cójalo, por favor, dijo. El libro y el dinero.

Quise haberle lanzado por la ventana. No parecía muy fuerte y era pequeño. No habría tenido problemas.

Sin embargo, no me quedó más remedio que hacer lo que me pedía. Guardé los billetes de veinte y cincuenta euros nuevamente en el bolso y sentándome, abrí la nouvelle por el primer capítulo, mientras repetía

mentalmente la frase que me había impedido salir de la habitación y dejarle plantado con su gabardina mugrienta.

Sé que disfrutaba leyendo novelas para su marido. Me gustaría que lo hiciera para mí.

Leí.

Intenté evitar mi acento flamenco y mi voz andrógina, algo que les gusta a los hombres, aunque a duras penas lo conseguí, sin que el hombrecillo diera muestras de disgusto. Todo lo contrario. Cerró los ojos, descansó la cabeza sobre el respaldo de la butaca mientras sus manos sujetaban los apoyabrazos y me escuchó durante el resto del tiempo hasta completar la hora que había contratado.

Tengo que decir que, si bien comencé a leer como he dicho anteriormente con tensión y nerviosismo, poco a poco fui relajándome, aún cuando la historia que la nouvelle contaba no era precisamente un bálsamo para el lector, lectora en este caso. Tan absorta me encontré con la novela de Ryck que tuvo que ser Ramón quién me sacudiera de mi letargo al cumplirse el tiempo contratado. Cómo supo que era la hora, y era el tiempo exacto, no lo sé ni se lo pregunté nunca, pero permaneció inmóvil durante mi lectura hasta que abrió los ojos y habló muy despacio. Mi nombre es Ramón, me gustaría volver a contratar sus servicios para continuar con la lectura.

Se levantó de la butaca y se encaminó hacia la puerta. Fui a devolverle el libro, pero lo rechazó. Prefiero que lo guarde usted hasta la próxima sesión. Le llamaré. Y me quedé con el ejemplar de "Le Compagnon indésirable" en mis manos y la sorpresa en mi cabeza mientras salía de la habitación.

Dos semanas después volvió a llamarme. Intenté nuevamente disuadirle de perder su tiempo y su dinero tan estúpidamente, pero fue imposible. Tampoco pude negarme, parecía conocer detalles como insinuó en la conversación telefónica que mantuvimos. Esa misma tarde continué con la lectura que habíamos dejado a medias en nuestra primera cita. Volví a leer los mismos párrafos, ya que, aunque en aquella época la novela negra distaba mucho de mis preferencias literarias, no pude reprimir la curiosidad y muchas de mis tardes, que solía pasar en la Lucky Tavern, cercana a mi domicilio, leía un buen rato el libro prestado temporalmente, antes de marchar hacía mi ocupación.

Al cabo de unas pocas sesiones concluimos el libro y, a pesar de haberme sentido mucho más cómoda con el paso de los encuentros, tanto en lo que se refiere a mi aversión a ese tipo de escritura, como a la compañía del cliente, pensé que allí acababa nuestra relación y podría volver a dedicarme a mi menester habitual. Nada más lejos de la realidad. Al

acabar la lectura faltaban todavía media hora para cumplir el tiempo contratado. El hombre vestido con su gabardina metálica seguía con los ojos cerrados, las manos sobre los brazos del sillón y aparentemente en estado catatónico. Dudé unos segundos sobre la forma de actuar.

Finalmente, no sé muy bien por qué, rompí el estado de inmovilismo en el que nos encontramos y comenté mis impresiones sobre la novela. Algo inaudito. Escucharme a mi misma criticando los aspectos literarios de una novela negra me llenó de estupor según los comentaba. Esperé su reacción, una mueca que podía considerarse una sonrisa apareció en su rostro de puerco. Veo que ha comprendido el sentido de toda novela negra, dijo sin abandonar la mueca. Luego, abrió los ojos, se echó hacia un lado y como hiciera en nuestro primer encuentro, sacó otra novela del bolsillo derecho de su gabardina. Esta también le gustará, dijo mientras me la entregaba con el brazo extendido. Intenté cambiarla por la ya leída, pero la rechazó. Quédesela, no acostumbro a conservar libros. Prefiero entregárselos a mis lectoras.

Llamé a la puerta del hombre lúgubre, pero ni él, ni Alice respondieron. Volví a insistir en la mansarda de Carou, más por desesperación que por convencimiento de que estuviera en el interior. Pronuncié su nombre, en un último intento. Carou, soy Judith, ábreme. Vano propósito, pensé. Pero no lo fue tanto. A mi llamada, subió una señora de los pisos inferiores que había prestado atención a mi insistencia. La típica mujer que aparece en las novelas –he aprendido mucho últimamente de nouvelle noire- y en las películas y le cuenta al protagonista, en este caso yo misma, sobre la persona buscada. Pero tengo que decir que su primera pregunta me aturdió. Ni siquiera esperó mirándome con fijeza y expectación desde los escalones inferiores. Su pregunta fue directa y clara. Insolente.

¿Es usted policía?

No. Respondí asustada.

Mejor. Porque ayer estuvieron todo el día buscando al Sr. India. Y no dejaron tranquilo al vecindario hasta le medianoche.

Comenzó a bajar las escaleras de vuelta a su domicilio. No me quedó más remedio que seguirla, lo que hice a duras penas dada la longitud de mis tacones en aquellas escaleras tan decrépitas.

Perdone. Dice usted que la policía buscaba a Andrés.

Sí. Eso le he dicho.

¿Y no lo encontró?

Hace ya tres días que no ha aparecido por la casa. Nadie sabe dónde está. Esperé que continuara, quería seguir hablando, seguía en el dintel de su puerta sin entrar en la casa. Así que le pregunté con la mirada. Lo buscan para preguntarle por el frutero muerto. ¿Conoce la noticia del crimen? Se lo escuché decir al policía que mandaba, se respondió. Parece que ambos formaban parte de la misma banda de criminales.

Al acabar de hablar me miró con fijeza, preguntándome con la mirada si yo formaba parte del mismo grupo criminal.

Cerró la puerta y no pudo ver como el abatimiento se apoderaba de mi espíritu. Permanecí en el rellano por unos minutos, con la vista perdida en los peldaños de las escaleras, hacia arriba y hacia abajo. Dudando en volver a subir al piso de Carou, forzar la puerta y entrar en su mansarda buscando respuestas. O bajar las escaleras y desaparecer. El hombre lúgubre tenía razón, la banda de asesinos jasídicos contratada por Goldsmith había acabado con el frutero y muy posiblemente lo había hecho también con Alice y el Mago. Carou, conocedor de la situación, había escapado antes de que los sicarios le localizaran.

Necesito encontrarle lo antes posible, pero no puedo quedarme en Antwerpen. Si Weber, el hombre lúgubre, tiene razón y vienen a por nosotros, es muy posible que Goldsmith ya sepa que formo parte de la banda. En ese caso, su venganza será terrible. Le conozco y no importa lo que hayamos podido compartir. Tengo que abandonar Antwerpen.

Capítulo 8

Uno de los empleados de Veerglund Diamond NV. Un tallador que hacía las veces de transportista fue quién recibió la bala disparada por el vigilante jurado Andrés India. Su muslo derecho empezó a sangrar con profusión y el mismo India hubo de aplicarle un torniquete cuando ya los dos empleados de la compañía se dieron por derrotados y entregaron las armas y la mercancía. Sin duda le ha debido de quedar una buena marca en su muslo. Pobre hombre, concluyó Alice ligeramente abatida. Nadie deseaba semejante desenlace. Es lo que me contó como prueba irrefutable de la comisión del delito.

Estaba completamente seguro que encontraría al empleado de la Veerglund con la herida de bala en el muslo, pero, con ayuda de mi subalterno Desprès, hemos comprobado esa posibilidad y, a partir de ella, desenmascarar a los culpables no habiendo encontrado ningún operario con herida reciente en ninguna parte de su anatomía. Mi ayudante ha planteado la posibilidad de un empleado que hubiera abandonado la empresa en los días posteriores al suceso, pero en la documentación aportada no hay constancia de ninguno que haya sido despedido o se haya marchado en los últimos años. Por otra parte, a la hora que se produjo el robo, a media mañana de un día laborable, todos los empleados estaban en sus puestos según las fichas de entrada y salida y lo que es más importante, las grabaciones que la Veerglund guarda de sus instalaciones durante un periodo prolongado de tiempo. No acierto a comprender esta necesidad y así se lo he hecho saber al Director General, Mr. Goldsmith, en mi tercera visita a la Veerglund, se ha ido por las ramas cuando después de su prolija justificación he podido razonar que todo se debe a la necesidad de controlar cada una de las gemas que entran y salen de los talleres. No me ha parecido una explicación convincente dado que poco después, en respuesta a una de mis preguntas, ha comentado que a cada una de las piedras que entra en la empresa le campaña siempre levanta una ficha en la que se constatan todos los movimientos, manipulaciones y procesos a los que es sometida. En la talla, un número da cuenta de todo su historial.

En cualquier caso, ayer esperé a Alice para intentar aclarar las dudas que me han surgido tras el desliz en la Veerglund. Soy muy crítico conmigo mismo, eso ha hecho que haya ascendido con firmeza en el escalafón policial; pero en ocasiones mi exceso de celo es exagerado. Tampoco puedo considerarlo un desliz, ya que, a pesar de no haber resuelto ningún extremo del robo y, lo que es más rutinario en mi trabajo, haber quedado desairado, ya saben en la empresa que estoy tras dicho robo. Y por mucho que se empeñen en proclamar que no sucedió tal delito, voy a perseguir su resolución los meses que me quedan antes de la jubilación,

especialmente la relación del personal con el atraco.

Con ayuda de Alice; necesitaba que me aclarase los puntos oscuros que aparecen en su relato, estaba convencido de desmadejar todo este embrollo. No es que ella no me quisiera contar con precisión todos los datos, es que tenía la impresión, y tengo, de que no sabe narrar un suceso que ha ocurrido realmente. Todos sabemos contar historias imaginarias, pero son más bien pocos quiénes pueden relatar un hecho acaecido con verosimilitud, un acontecimiento real. Alice no es una de esas personas, no es una cronista. Para mi desgracia, ya que si lo fuera, ya habría resuelto el caso.

Y no lo es por muchas razones, la primera de ellas es que no supo por dónde debía comenzar su narración. Lo hizo explicándome su vida, sus estudios, la construcción europea y el futuro tectónico del continente si le hubiera dejado. Se fue bien lejos para hablar de un delito. Tuve que cortarla antes de que empezara a explicarme el origen de la vida. Luego, se dedicó a mezclar, agitar, fragmentar, unir, vuelta a fragmentar, pegar, soltar… en una argamasa difícil de entender y espesa para separar sus componentes principales.

Por esos motivos le esperé ayer por la tarde con especial interés. No es que Alice haya perdido predicamento a mis ojos, todo lo contrario; cada vez estoy más obnubilado y estos pequeños defectos no hacen sino aumentar mi deseo que se ha acrecentado durante el fin de semana que no nos hemos podido encontrar por razones obvias. Necesita de mi ayuda para desenvolverse, es demasiado frágil, a diferencia de Margherite, un bloque de waterzooi desecado. Y demasiado confiada, también a diferencia de mi mujer, para quién cualquier mínimo retraso en mi llegada ha significado desde nuestro primer día de compañía marital, una prueba de infidelidad y abandono. No se imagina que si llego tarde es a causa de su infame sopa de pollo.

Al llegar a casa anoche, después de mi encuentro con la joven escocesa, estaba feliz y contento, y me tomé la sopa cómo si fuera el más exquisito manjar de toda Bélgica. Hubo varias razones. Conseguir con mi habilidad que siguiera un orden lógico y cronológico de los hechos, por lo que ahora dispongo de un relato fiel y fiable sobre el que basar mi investigación. Un segundo motivo hay que buscarlo en el plan de futuro al que llegamos al concluir la reunión, el beso que me dio al despedirse de tan contenta como estaba al acceder yo a su petición y el recuerdo de la minifalda que llevaba, dejando al descubierto no sólo sus rodillas como el primer día, sino también buena parte de sus muslos.

Resumiendo los datos de que dispongo después de mi conversación-interrogatorio-confesión con Alice:

Andrés India, apodado Carou, un vigilante jurado en paro, decide atracar un transporte de diamantes y piedras preciosas de una compañía de Antwerpen. Dicha compañía, inicialmente la Veerglund Diamond NV, niega totalmente los hechos. Y los datos existentes parecen darle la razón. Nunca han comprado material a empresa minera alguna. Conclusión: Alice puede haberse confundido de empresa.

El vigilante forma una banda para llevar a cabo el atraco. Dicha agrupación de malhechores estaba compuesta por el jefe, India; un empleado de la empresa de diamantes que todavía no hemos localizado; otro delincuente profesional al que estamos a punto de descubrir, parece ser que tiene algún negocio de importación de productos hortícolas según Alice, ya que parecía tener muchos conocimientos del tema; un sicario entrado en años del que apenas hay datos, probablemente balcánico y ataviado con una peluca rubia; y finalmente una mujer, también seguramente relacionada con algún gerifalte de la empresa saqueada. Cinco personajes. ¿Y Alice? Con ella seis malhechores pero cada vez estoy más convencido de su inocencia, a pesar de mis iniciales pensamientos.

El atraco fue llevado a cabo a una hora indeterminada de la mañana del día 10 en un área de descanso de una autopista del norte francés. Hubo un tiroteo y el jefe de la banda hirió a uno de los atracadores. Según Alice, el empleado de la empresa robada. Pero ningún empleado de la Veerglund tiene marca de disparo. Es la razón por la que pienso que debe tratarse de otra compañía.

Abro un paréntesis ya que estoy muy nervioso.

Alice, acabado su curso de especialización, me ha pedido que la acompañe el próximo fin de semana a Londres. El curso académico ha concluido y debe regresar a su ciudad natal en Escocia. Pero antes me ha propuesto despistarnos un par de días en Londres. Naturalmente, en cuanto escuché semejante proposición, poco después de que me besara en la mejilla, se me aceleraron las pulsaciones como si fuera un atleta olímpico a punto de llegar a la meta en primera posición y tuve que agarrarme al borde de la barra para sujetar mi emoción. Apenas tardamos unos minutos en concretar los detalles. Iremos en mi coche particular, ya que Alice no dispone de vehículo propio y necesita llevar consigo, además de su vestuario y efectos personales, dos voluminosas maletas con los libros y apuntes utilizados en sus dos años de estudiante en Antwerpen. En Londres, nos alojaremos en un pequeño estudio de una única habitación propiedad de su familia. Es la vivienda que suele utilizar su padre cuando viajaba de Edimburgh a Londres por negocios. No temas, me ha dicho a la vez que me besaba otra vez en la mejilla. Mis padres ya son mayores y apenas salen de Escocia. Estaremos solos durante todo un fin de semana. Sólo nosotros.

Margherite está confiada que debo ir a un seminario sobre ciberdelincuencia en Inglaterra. Ni siquiera sabe que soy incapaz de manejarme con los ordenadores, así que difícilmente puedo dedicarme a ese tipo de delitos. Lo mío es la calle. La primordial razón del viaje es Alice, así como la segunda y la tercera. Y en la cuarta, olvidarme del waterzooi por unos días.

De todas formas he tenido que abandonar temporalmente la investigación del atraco a la Veerglund –sigo pensando y Alice me ha dado pruebas de ello, que se trata de la compañía saqueada-, ya que me endilgaron el caso de un frutero que ha apareció muerto en la trastienda de su frutería. Un caso fácil, me dijo el Comisario Jefe al encomendarme la investigación, un ajuste de cuentas entre antiguos correligionarios. Sólo tiene que buscar a los compinches del asesinado, recordará usted que le acusaban de haberles traicionado y acabaron todos en prisión.

Ese es el problema con el que me he encontrado. De sus tres compinches, uno de ellos falleció cuando iba a ser detenido y se enfrentó, revólver en mano, con nuestros agentes. Otro falleció de muerte natural, si es que se puede llamar así a quién murió a causa del síndrome de inmunodeficiencia y queda un tercero, el mayor de todos, que vive sus últimos años en una residencia de ancianos, después de su puesta en libertad. He hablado con el viejo delincuente quién se ha alegrado sobre manera de la muerte de su antiguo socio y no ha querido responder a mis preguntas. No tengo duda de que el viejo ladrón se ha encargado de su compañero con ayuda de algún sicario.

Nota de la transcriptora: Es evidente para cualquier avispado lector de este informe y que no forme parte de la policía belga –ambas cosas son incompatibles, por otra parte- que no se puede llevar una investigación de una manera tan lamentable como esta. ¿Cómo tardan tanto en cargarse al traidor? ¿Si sus antiguos compinches están muertos o impedidos, cómo han podido cargarse al muerto? ¿No estaría metido en otro asunto el muerto? ¿Tiene algo que ver este muerto con los diamantes? ¿Por qué encargan esto a un policía estúpido? En fin un montón de preguntas que me atrevo a lanzar aquí después que el comisario De Vries haya intentado echarme como secretaria y, de paso, mandarme de vuelta a la empresa de mudanzas, a la vista del primer informe que transcribí. Afortunadamente Marie sigue de baja y el Comisario Jefe no ha accedido a su petición de cambiar de secretaria ya que anda muy escaso de fondos para los asuntos ordinarios de la comisaria. Tendrá que continuar con su secretaria actual, De Vries, es una persona que en otras tareas de la comisaria ha demostrado ser muy capaz y estoy contento con ella.

Caso resuelto, y así lo pensaba, pero Desprès me ha planteado algunas incógnitas que no he sabido responder.

¿Por qué ha tardado tanto el anciano en la venganza? El muerto ya hace tres años que salió de prisión y en todo este tiempo nadie le ha importunado, se ha respondido el propio Desprès a su pregunta ¿Quién ha sido la mano ejecutora? Le recuerdo, comisario, me ha dicho con la sorprendente tranquilidad de los advenedizos, que el anciano, el único sobreviviente del robo de Brecht junto con el muerto que investigamos; no ha tenido contacto con nadie en los últimos dos años, además de estar muy impedido por el ictus que le mermó la mayor parte de sus capacidades intelectuales y la totalidad de sus capacidades motoras.

Era una deducción que esperaba. Desprès no contaba con mi sagacidad. El anciano ya hubo dejado hace tiempo solucionada la muerte del frutero con la contratación de algún sicario que ha esperado para llevar a cabo su tarea. Las pruebas periciales abundaran en mi tesis. El caso sucedió hace dos días a última hora de la noche y el cadáver fue encontrado ayer por la mañana por su ayudante; espero que esta tarde, con ayuda de la policía científica, pueda dejar resuelto el caso con lo que mañana sábado podré volver a ocuparme del caso del robo de diamantes. Asunto que también espero tener resuelto justo dentro de una semana, cuando Alice y yo viajemos a Londres para pasar un fin de semana romántico.

Retomo la descripción categórica de los hechos.

No tenemos datos de heridos de bala en los hospitales de la zona. La Sureté, la police française, ha revisado todos los hospitales respondiendo a nuestra petición. Yo no estaba muy de acuerdo con ella, pero Desprès se empeñó y tuve que dejarle que pusiera su granito de arena en la investigación. Novato. Ya sabía yo que no iba a encontrar nada. Dada la cercanía de la frontera belga, los transportistas pudieron llegar hasta Antwerpen y ponerse en manos de la compañía saqueada. He mandado investigar, a Desprès por supuesto, todos los hospitales de Antwerpen y Bruselas. También los que se encuentran en el camino entre Antwerpen y la frontera francesa. Confío que encontrará al herido, de lo contrario tendré que hacerme cargo yo personalmente de la búsqueda.

Concluido el robo, parece que los problemas han aparecido, como suele suceder entre aficionados, en la banda de malhechores. Sin duda, las dudas y las traiciones han aflorado y socavado la unión de los atracadores como socavan todas las agrupaciones para delinquir en cuanto el dinero asoma en el horizonte. Uno de ellos, el pistolero balcánico ha desaparecido, sin duda temeroso de ser apresado, aunque parece ser que apenas intervino en el atraco. Eso asegura Alice y parece que está en lo cierto.

De momento no tenemos pistas del empleado de la empresa de diamantes que proporcionó todos los datos relativos al transporte. Este problema se despejará en cuanto Desprès encuentre al herido, que nos conducirá a la empresa atracada, que no parece ser la Veerglund Diamond NV, como he

dicho anteriormente; y una vez conocida dicha compañía, encontrar al topo no será difícil con mis habilidades.

Sobre el delincuente devenido en empresario comercial estoy investigando a dos antiguos delincuentes ahora metidos en negocios de importación, uno de ellos importa pieles y alfombras de países orientales, un antiguo chantajista; y otro es el representante en Bélgica de una empresa de venta de aceites de países del sur de Europa. Un pillastre que pasó buena parte de sus años mozos desvalijando tiendas de inmigrantes.

Queda la mujer de la que no conocemos muy bien su trabajo en la banda, la señorita Añil. Según Alice, puede tratarse de una amante despechada de uno de los gerifaltes de la empresa. Alice cree que fue uno de los miembros que atracaron el coche con los diamantes. Según el plan previsto por el jefe de la banda, el antiguo amante de Alice y vigilante jurado, debían ser él mismo, el pistolero balcánico, el quinto atracador devenido en importador y esta mujer, la señorita Añil, quiénes interceptarían y robarían el cargamento.

Está todo claro.

Després me ha hecho notar que el atracador que buscamos bien pudiera ser el frutero tiroteado en su almacén rodeado de naranjas y que ambos casos estuvieran relacionados. Le he apuntado su error, claramente este asesinato es una venganza de sus antiguos compañeros, especialmente del viejo colega que pasa sus días en una residencia como si le hubiese sucedido un ictus. Recuerdo una película en la que otro anciano, Paul Newman, fingía haber sido víctima de un ictus y finalmente atracaba un ¿banco? Este hombre de Brecht podía estar fingiendo igualmente.

Tanta excitación ahora que estoy a punto de resolver este misterio de que ni la policía ni la prensa se ha hecho eco, que no hago nada más que pensar en Alice y el fin de semana. Si logro resolver el caso antes del viaje, mi dicha será completa, recibiré honores y podré disfrutar del fin de semana. Margherite no sospecha absolutamente nada. Por fin podré disfrutar de un par de días con una joven de mi gusto, sin waterzooi, y sin los pelmas de mis compañeros que sólo saben emborracharse porque se creen el espejo belga de los macarras policías americanos.

Acotación de la transcriptora: tanta historia con Alice… debería avisar a la mujer del comisario De Vries. Al fin y al cabo, yo también soy mujer y detesto que los maridos engañen a sus mujeres. Aunque bien pensado, creo que sería mejor, chantajearle. Eso es. Le chantajearé con estas cintas y así podré contar con su aprobación y convertiré este puesto temporal en uno fijo. Se lo comentaré mañana. Mejor, se lo insinuaré mañana y un par de días antes del fin de semana le chantajearé. No sólo con su mujer, también con el Departamento. Al fin y al cabo, creo que

está intentando evitar que la tal Alice aparezca como cómplice del robo. Que se vaya preparando.

Capítulo 9

Retomo mi descripción de los hechos dónde la deje, cuando estando cercano mi primer encuentro con Judith tropecé con un hombre regordete de melena rubia y perfecta dicción. Poco había de sospechar en aquel instante que ese hombre es la única esperanza que me queda para olvidar estas mazmorras. Como dejé escrito, taladré al hombrecillo desde mi posición con desprecio, pero lejos de acomplejarse sostuvo mi reto y balbuceó una nueva y lastimera disculpa que se contradecía con la insolencia de su mirada porcina. Lo dejé estar y, volví la cabeza hacia el fondo de la Lucky Tavern, donde Judith seguía leyendo ajena al incidente que estábamos protagonizando quiénes, unos días después pasaríamos a ser socios en el arte del robo de diamantes. Me acerqué y levantó los ojos, diría que estaba esperando mi llegada.

¿Leyó Les ruffians?

Preguntó antes de que pudiera siquiera vocalizar la primera sílaba de la relamida frase que había preparado para el acercamiento. Naturalmente, respondí azorado. Acostumbro a tomar siempre la iniciativa en cuanto al sexo femenino se refiere. Y por dos veces, que fueron más a lo largo de estos meses, ella se adelantó golpeando mi estima y dejándome sonado. Afortunadamente, dejó la nouvelle con la portada boca arriba para que yo la ojeara. Me alegré al comprobar que la había leído hace tiempo, aunque la edición que devoraba Judith era moderna, una reedición de la original de Fatale, escrita por Jean-Patrick Manchette a mediados de los setenta.

Quizás fue la iluminación de mi rostro o una extraña comunicación entre nosotros pero Judith se percató al instante. No me cuente la historia, acabo de empezar a leerla, dijo sorpresivamente. No pensaba hacerlo, acerté a balbucear de mala manera, y mi mente se perdió en la blancura del universo, incapaz de procesar una sola idea para continuar la conversación. Judith, luego lo supe, como muchas otras condiciones suyas, disfrutó con la situación. Esperó durante unos interminables segundos que brotara algo de mis labios, pero seguí ligeramente encorvado hacia delante, como si mi cuerpo quisiera empujar lo que mi mente no conseguía articular. Finalmente dejó de mirar mi rostro alelado y con un ademán me invitó a sentarme enfrente a la vez que me preguntaba con la mirada. Es usted lector de nouvelle noire, por lo que deduzco.

Por fin reaccionaron mis músculos, los motrices y los del razonamiento, y a la vez que aceptaba su ofrecimiento pude responder. Sólo un aficionado. Me gusta pensar que ese fue el preludio de nuestra relación. Continuamos nuestra charla sobre nouvelle noire durante un buen rato, ajenos al extraño trajín de aquella tarde en la Lucky Tavern, abarrotada de clientes, entre los que, supe después de su propia boca, seguía el hombre del pelo

pajizo y la gabardina de color gris metalizado. Lo sé porque Ramón me lo contó una noche a la salida de la misma taberna, cuando ya todos los preparativos estaban cerrados y nuestra decisión, la de los seis que en ese momento formábamos la banda, era inquebrantable. Os estuve vigilando, me confesó; antes que tú, varios de los presentes intentaron un acercamiento a Judith (para entonces ya conocía a Judith, supongo que coincidieron varias veces en la taberna), pero ninguno consiguió que le invitara a sentarse a su mesa. Todo lo contrario, más de uno se sentó sin ser invitado y ella lo despidió con cajas destempladas.

Observándoos, supe de inmediato que se había establecido una buena comunicación entre vosotros. Algún día me tendrás que explicar cómo lo haces, me insistió Ramón aquella noche, cuando ya nos habíamos detenido en el cruce dónde cada uno seguía su camino. Yo hacia Schippers y él hacia su casa, que nunca llegué a saber dónde se aposentaba. Contento como estaba ante el futuro que se nos presentaba, parecía un asunto de niños; que me comprometí, en cuanto nuestro futuro estuviera asegurado, a enseñarle las reglas básicas para acercarse a las mujeres.

Es un poco tarde para mí, dijo cuando ya se había alejado unos pasos en su camino, pero nunca se sabe. Ahora necesito compañía femenina, ahora que estoy al final del camino. Acabó enigmático. Se giró y siguió hacia su casa. Supongo, ya que nunca supe dónde vivía. Creo que esto ya lo he contado.

Tras aquel primer encuentro en la Lucky Tavern siguieron varias tardes en las que nos encontramos en la misma mesa, al fondo del garito, y a diferencia del primer día, cuando los clientes llenaban el local, estuvimos solos, con la única presencia del camarero y algún paseante despistado. Dejé de beber pastis y olvidándome del anís también me olvidé de mis problemas laborales y los monetarios que ya empezaban a acuciarme. Así durante una semana en la que únicamente vivía para mi encuentro vespertino con Judith, dos horas en las que comenzábamos charlando sobre novela negra y terminaban con temas de lo más dispar. Dos horas, hasta aproximadamente las cinco y media de la tarde que ella, invariablemente, dejaba la Lucky Tavern, por cuestiones de trabajo, sin que me atreviera a preguntarle por la naturaleza de su ocupación.

En la tarde del octavo día, una tarde ventosa y muy desapacible, abrí la puerta de la taberna con la mejor de mis sonrisas, haciendo acopio de optimismo, ya que aquella mañana había comprobado que apenas me quedaban fondos para subsistir lo que quedaba del mes, apenas diez u once días. Y por supuesto, ya no disponía de remanente para pagar el próximo alquiler. Se preguntarán cómo había llegado a semejante situación; muy sencillo: mi mala cabeza, soy un tarambana, y la llegada de Alice al principio de curso. Se puede decir que esos meses le financié

su estancia en Antwerpen y sus estudios.

Aquella tarde de martes de mediados de enero, entré, a pesar de mis infortunios, con la mejor de mis sonrisas como he dejado dicho, que se vino abajo en cuanto me percaté que Judith estaba acompañada por un sujeto regordete, de pelo amarillento desgreñado y ataviado con una gabardina a pesar del calor. Charlaban animadamente por las carcajadas que exteriorizaba Judith y que, a falta de otros sonidos, llenaban el local. Enseguida advirtieron mi presencia y de inmediato, Judith me hizo un gesto para acercarme sin dejar de agitarse.

Recuperé como pude mi compostura y me fui aproximando hasta su mesa, dónde seguían charlando sin preocuparse de mi llegada. El individuo finalizaba algún chascarrillo y Judith no dejaba de reír a mandíbula batiente, por lo que durante unos interminables instantes seguí plantado junto a la mesa, mientras el hombrecillo acababa de contar su historia y ella seguía encanada, como recordaba a Judith. Instantes en los que pude recordar al hombrecillo cómo el cliente con el que había tropezado cuando me dirigía a abordar a Judith en nuestro primer encuentro. Un cliente habitual de la taberna, sin duda. Por fin ella dejó de carcajearse mientras el mequetrefe me observaba con mirada torva de cerdo.

Te presento a Ramón, no mencionó el apellido, dijo por fin en los estertores de sus carcajadas. Andrés, respondí, ya que Judith volvió a caer en un nuevo arrebato de carcajadas y confusión. Prefiero utilizar mi nombre real en las presentaciones. Yo seguía de pié, no me atrevía a tomar asiento junto a ellos sin que me lo ofrecieran, cada segundo más incómodo. Por fin, Ramón me hizo un gesto con su mano invitándome a tomar asiento enfrente. Dudé pero finalmente ocupé la silla al otro lado del banco, de espaldas a la barra, donde ellos, lo supe unos minutos después, charlaban desde hacía un buen rato.

Tengo que reconocer que, en aquellos instantes, los celos corroían mi interior, fue la primera vez que emanó ese sentimiento respecto a Judith, pero no la última ya que en varias de las ocasiones en las que nos reunimos en la Lucky Tavern, me sobresaltó ese mismo apuro, ya fuera por los chistes del Mago, que tanto hacían reír a Judith, por los escurridizos vistazos que le lanzaba el hombre lúgubre o ya, finalmente, por la insolente proposición que el hombre de las naranjas le hizo en mi presencia, sin mesura y sin educación uno de los días previos al atraco. De acuerdo que todos conocíamos su ocupación con la que se ganaba el sustento, pero hubiera sido preferible haber guardado las formas entre compañeros de faena. Al fin y al cabo, en el grupo no importaba cuál fuera nuestro trabajo. Tengo que admitir que fue una de las razones por las que intenté ocuparme de él. Allí, en el fondo de la Lucky Tavern, formábamos un equipo y el hombre de las naranjas debía haber evitado cualquier tipo de situación que pudiera poner en peligro el éxito de la

operación. Pero cuando llegué ya estaba tirado en el suelo y rodeado de naranjas. Estúpido de mí, debí dejar alguna huella de mi presencia.

No fue el caso, ya que el robo fue limpio y rápido como una volada de aire del norte, pero en los días posteriores nuestra relación se enturbió. Y en este punto debo volver a considerar la figura de Ramón, el Mago.

Como promotor y urdidor del atraco al transporte de diamantes, el Mago gozó durante todo el proceso del estatus de cerebro y jefe de la banda y así sucedió durante los preparativos, que por otra parte, tampoco llevaron más allá de un par de semanas una vez que el equipo estuvo conformado a excepción del séptimo hombre. Tal era la claridad con la que exponía sus argumentos y tanta la confianza que traslucían sus decisiones que nadie se atrevió en ningún momento a contradecirle. Por otra parte, el plan era simple. Solamente el hombre lúgubre señaló, con voz apocada y sombría, que los datos de logística, aportados por Ramón, pudieran ser erróneos. Sin embargo, el conocimiento que el Mago demostró de la empresa saqueada y de la cual formaba parte como empleado el hombre lúgubre, era mucho más profunda y detallada de lo que este conocía. El organigrama; los directivos con sus miserias y sus grandezas, estas últimas escasas, a pesar de tratarse de hombres justos según la tradición hebraica; los detalles que aportó de los empleados, algunos de los cuales sorprendieron al hombre lúgubre –resulta que su mejor amigo y compañero de tarea, era un hombre conocido en los ambientes sórdidos de Antwerpen por sus depravadas orientaciones, algo que Weber desconocía a pesar de compartir espacio y confidencias durante más de diez años.

Por último, los conocimientos que el Mago desplegó sobre las técnicas de trabajo empleadas por la Veerglund y especialmente, sobre los datos financieros y de contabilidad fraudulenta acabaron por desarmar la resistencia del hombre lúgubre que tuvo que reconocer, con una voz todavía más tétrica que usualmente, que Ramón disponía de información completa sobre la empresa y sus empleados.

Semejante despliegue de conocimientos y el concienzudo pero simple plan que había trazado en base a tales informaciones, instaló en todos nosotros la certeza de que el Mago era el hombre indicado para dirigir la comisión del delito. Desde ese momento todo estuvo bajo su control y nadie osó desviarse de las férreas líneas que fue trazando; hasta que en la mañana de un martes nos hicimos con un cargamento de diamantes y piedras preciosas en un área de descanso del norte de Francia.

¿Qué sucedió con posterioridad? ¿Por qué el Mago permitió que todos nosotros nos descarriáramos y cada uno tirara por su lado? Es una pregunta que me oprime cada noche cuando el chirrido de la verja resuena en la galería y la débil iluminación de mi celda se diluye en la

oscuridad y los gritos de la noche.

Pero todavía me oprime más no saber apenas nada del Mago. ¿Quién es? O mejor dicho… ¿Quién era a tenor de la esquela que guardo en mi bolsillo del pantalón?

Apenas teníamos nada en común, ambos éramos descendientes de emigrantes españoles y ese era nuestro lazo más fuerte y quizás el único por el que congeniamos rápidamente. Si bien yo intenté durante años ocultar mis ancestros y aparecer cómo cualquier francés natural de la Picardía, de ahí el sobrenombre que adopté de Carou. Triste ironía, al final tuve que huir en busca del pasado de mis padres y el mío propio y fue aquí dónde acabé. Ahora mis esperanzas, además de en la aparición de Ramón para desembrollar este entuerto, en que la justicia del que ahora ha vuelto a ser mi país, no permita mi extradición.

Al margen de esta circunstancia, el mismo origen, nuestras personalidades eran distantes. A Ramón nunca le vi perder el aplomo, caer en la decepción o, por el contrario, exaltarse en los momentos de euforia. Siempre mostraba un comportamiento funcionarial, plano y puede que aburrido; muy opuesto a mí, afectado siempre por la ciclotimia de mis emociones. Claro que Ramón era un asceta, un personaje que la única licencia que se permitía consistía en tomarse un par de cervezas de abadía en alguna taberna cercana al puerto y contratar los servicios de una meretriz una tarde al mes, como mucho dos. Luego he sabido que eran muchas tardes más y la mayoría de ellas con Judith, cuando ella y yo ya podíamos considerarnos una pareja. Nunca supe realmente en los escasos cuatro meses que cruzamos nuestros destinos en que ocupaba su tiempo. En dos ocasiones se lo pregunté, la primera de ellas al poco de conocernos, unos días después de nuestro primer encuentro, prefiero considerarlo así, y me contestó con un tono cortante. Comercio internacional. Como si esas dos palabras delimitaran claramente una actividad, un negocio o un empleo. Pero su tono, insolente y retador como en otras ocasiones, no dejaba resquicio a una nueva pregunta que me permitiera conocer como se ganaba la vida.

La segunda tuvo lugar meses después, en la autoroute du Nord, cuando nos dirigíamos en un vehículo alquilado, un Renault Megane matriculado en Francia con el número 80 del departamento de Somme, al encuentro del que iba a ser nuestro primer atraco. Yo conducía, Ramón hierático en el asiento del copiloto y detrás nos seguía un segundo coche, un vehículo alemán robado por Eric, el penúltimo de los llegados a la banda. Y como todos, supongo que atraído por el magnetismo del Mago. El frutero iba acompañado por Alice. Del último de la banda nunca tuve conocimiento, era el encargado de sacar el botín del país.

Le volví a repetir la misma pregunta de tres meses antes: ¿Cómo te ganas la vida? ¿Haces esto a menudo? No respondió. Seguía con la mirada fija

en el asfalto de la autoroute. Insistí girándome hacía él. Acabábamos de salir de Antwerpen en dirección sur, hacia Francia, y teníamos tiempo. Faltaban más de tres horas hasta el momento en el que debíamos interceptar el transporte. El siguió sin responder pero como comprobó mi insistencia girando la cabeza y dejando por unos instantes la visión de la calzada, optó por complacer mi insistencia cuando ya rodeábamos Bruselas. Eso sí, con un gesto tajante, me obligó a escuchar con la mirada fija en la autopista. No podíamos permitirnos un accidente.

Aquí y allí. Durante muchos años fui encargado en varias empresas aquí, en Bélgica, en el sur de Europa, un tiempo en Escocia, me he movido mucho. Durante algún tiempo trabajé para empresas europeas –prosiguió-, que buscaban recursos naturales en África. Un poco de todo. Gané un buen dinero que me hubiera permitido una buena jubilación pero… Se detuvo y esa pausa dramática, tengo que reconocerlo, impidió que yo interpretará las palabras sobre su pasado y quedara deseoso de saber qué es lo que alteró su plácida vida de jubilado y tuviera que convertirse en un aprendiz de atracador a sus años.

Pero Ramón no siguió con su explicación por lo que tuve que insistir. Lo que les sucede a todos los avariciosos, deberías saberlo, respondió. Intenté duplicar mi capital en algunos negocios y operaciones que parecían seguras y, de la noche a la mañana, fui a la bancarrota.

No insistí en la clase de negocios y operaciones que le habían llevado a la ruina. Quizás debería haberlo hecho, pero en aquellos instantes sentí que estábamos unidos por el mismo destino. Al fin y al cabo yo también había dilapidado mis ahorros, bien es cierto que no eran un gran capital, pero, poco o mucho, se había desvanecido en ese último año en compañía de Alice. Pero ya no importaba, en escasas dos horas iba a recuperar esa pérdida multiplicada por una cifra exponencial. Estaba completamente seguro, tan seguro que había puesto mi vida en manos del hombre que me acompañaba a mi derecha y que, extrañamente, guardaba la calma. Un hombre que, ahora tengo que reconocerlo, no llegué a saber quién era ni quién pretendía ser. Yo por el contrario, apenas podía dominar mis nervios y la autoroute bailaba delante de mí.

Capítulo 10

Por lo que a mí concierne ya terminó todo. Como suponía, los sicarios llamaron a la puerta y, aunque me quedé paralizado en primera instancia, al tercer e impulsivo timbrazo me vi en la obligación de acudir temblando al sonido del destino. Aunque era sólo uno el sicario y no el que veía vigilando enfrente de mi mansarda.

Lo que sucedió con posterioridad lo pueden imaginar, si bien lo intentaré desenredar más adelante. Antes pretendo aclarar algunos aspectos que, es posible, les hayan podido desorientar y, en cierto modo, dejar perplejos respecto a mi personalidad y algunos otros oscuros relativos a esta tragicomedia que se hayan podido quedar en el tintero.

Comenzaré por los variados nombres que he manejado a lo largo de mi vida. Ya habrán podido sospechar que soy un hombre bendecido con una existencia anodina, sin grandes acontecimientos ni extravagantes aventuras. Todo lo contrario a un héroe, algo que siempre hube querido ser. Hubiera dado lo mismo ser un héroe oscuro, tan de moda en estos tiempos, o uno luminoso. Un héroe al fin y al cabo, aunque hubiera sido un héroe impostado. Es algo que supe desde temprana edad, que nunca alcanzaría semejante destino. Ni mi físico, ni mi inteligencia, ni mis habilidades me permitían embarcarme en exploraciones cosmopolitas, devenir caudillo de liberación de gentes oprimidas o trasmutar en buscador de extraños y místicos objetos salvadores. Por no hablar de mis múltiples complejos que casi me impedían salir a la calle.

Entretuve mi infancia siguiendo las conquistas de los aventureros belgas en África y, cómo no, empapándome del periodista Tintín. Pero el más atractivo a mis ojos era un italiano nacionalizado francés, Pietro Paolo Savorgnan di Brazza, gobernador del Congo para el Imperio Francés. Hubiera querido ser como él, pero como no podía convertirme en un personaje de comic o de literatura y mucho menos en uno real, tuve que inventarme mi propia existencia sentado en mi escritorio, frente a varios folios en blanco. Al fin y al cabo, todos los héroes lo son en el papel, no en el campo de batalla. Sin Homero, nadie sabría de Ulises; sin los relatos de Monmouth nadie habría oído hablar de Arturo, sin Iron Maiden pocos jóvenes sabrían de la existencia de Alejandro el Grande. Sin poetas que canten las hazañas de los héroes, no sobrevivirían.

Ya desde mi primera llegada al colegio cuando le profesor iba nombrando a los alumnos y, estos pasaban al aula en cuanto escuchaban su nombre, sentí la necesidad ineludible de ser otro, y al llegar mi turno no respondí. Me quedé último y sólo, sin que el nombre que yo quería ser fuera pronunciado. El profesor se acercó y me preguntó. ¿Cómo te llamas? Jan Ceulemans, respondí con desparpajo, la única vez en mi vida con aplomo. Volteó una y otra vez las hojas con los listados de los alumnos de la clase

y aun de las otras, sin que apareciera en todo el alumnado. Me mostró los nombres de los tres niños que no habían respondido a la llamada. Dos que no acudieron el primer día de clase y el tercero, naturalmente el mío verdadero. Negué con la cabeza e insistí. Jan Ceulemans. El profesor, azorado, miraba a un lado y otro sin saber cómo reaccionar. Preguntó a compañeros, se dirigió a las oficinas, llamaron al director… sin resultado. Jan Ceulemans, remaché. Hasta que otro profesor, avispado y más en la onda de los héroes de aquellos tiempos, dio con la clave. El niño repite el nombre del futbolista belga de mayor enjundia del pasado mundial. Tenía razón. Era el único héroe que conocía y esa fue mi primera hazaña.

Desde entonces ya nunca he dejado de crearlos, pero aquel fue el único para el que utilicé un personaje real. Desde entonces he modelado mis propios héroes. Así durante años, hasta que la oportunidad de convertirme en un paladín andante, aunque fuera a costa de un hecho criminal, enardeció mi imaginación. Más cuando tal regalo llegaba acompañado de una joven de la que me sentí atraído aun antes de conocerla, sólo con el eco de sus risas. Resulta sorprendente la mente humana, es algo que habrán escuchado cientos de veces en boca de cientos de personajes, algunos de ellos de gran importancia en sus campos de actuación. Otros, por el contrario, llegaron a semejante conclusión, como ha sido mi caso, simplemente con la experiencia de la vida. Explico esto para matizar el hecho de que me sintiera atraído por la dulzura y musicalidad de sus carcajadas. Bien podía ocultarse, tras esas notas risueñas y alegres, una personalidad oscura, o aún peor, un físico desagradecido. Pero el caso es que me sentí atraído irresistiblemente por las risotadas de Alice antes de conocerla y no pude evitar caer en sus dulces brazos imaginarios. Quizás esto no tenga nada que ver con mi situación actual, pero viene a ser el mismo suceso sólo que en contextos distintos. De la misma manera que no pude sustraerme a los cantos de sirena que provenían de la mansarda contigua a la mía, no pude evitar involucrarme en el atajo de rufianes de la Lucky Tavern. Era inevitable. El único camino que ha aparecido en mi vida que me guiaba al heroísmo. Aunque fuera un extraño valor.

Maurice Mebus, Bernhard Maertens, natural de Genk, Max, nombres todos ellos fabricados en los pliegues de mi cerebro, de los que ya les he hablado. También hubo épocas en las que respondía por Pascal Lorieux, Adrien Droitecourt o Jan Van der Schyff. Llegué a inventarme un personaje femenino, Hildegart Braine, pero enseguida advertí que mi desconocimiento de la condición femenina me impedía “interpretar” o “representar” ese heterónimo. Heterónimos, seudónimos, alias, nombres imaginarios. Yo prefiero denominarlos nombres fantasmas, me considero un fantasma que deambula, mejor dicho, deambulaba por la vida –hasta mi encuentro con Alice-, sin dejar ninguna huella. Los fantasmas no dejan ninguna marca, ni siquiera en el barro tras la tormenta. Por otra parte, los

fantasmas apenas saben nada de su propia existencia. Se desconocen.

Soy un desconocido de mí mismo.

El deseo de vivir la vida de otros. Esa es la verdadera razón por la que siempre he utilizado nombres fantasma para salir de mi anodina existencia. Y esa fue también la razón por la que me enrolé en la banda de atracadores de la Veerglund Diamond NG. Han leído bien, me enrolé. Nadie necesitó de mis servicios, aunque hasta ahora haya podido dar la impresión de que mis servicios eran necesarios, imprescindibles incluso para la correcta y feliz ejecución del delito. Nadie me los pidió. Desde luego no el Mago, ni tampoco Carou, el hombre ciclópeo antigua pareja de Alice al que en ningún momento me encontré en la puerta de mi casa y mucho menos me pasó la mano por el hombro. Tampoco Alice.

De hecho y a los largo de las semanas que coincidimos en la Lucky Tavern, ni siquiera tuve la ocasión de hablar con él. Y no porque me evitara, simplemente yo no significaba nada para él. Ni para lo bueno, ni para lo malo. Hubiera preferido que hubiera expuesto alguna duda sobre mi presencia en el grupo, pero no lo hizo; creo que ni siquiera pestañeó cuando el Mago solicitó la aprobación general para mi ingreso en el atajo. Fue una aprobación por indiferencia, ninguno de los presentes mostró un mínimo gesto de asentimiento o negación. Sólo Alice. Ni Carou, ni Judith evidenciaron afán alguno de aplaudir o negar mi presencia. Y finalmente, el Mago, que aprobó mi llegada al saber que trabajaba en la Veerglund por Alice. Aunque mucho me temo que él ya conocía ese dato, mucho antes de Alice.

La realidad de mi triste y tragicómica experiencia es que yo mismo me introduje en la boca del lobo en el preciso momento en el que le hablé a Alice sobre mi trabajo. En una de aquellas primerizas tardes en las que el vigilante ya había salido para su trabajo y yo llegaba del mío y ella y yo coincidíamos, -sabía a qué hora llegaba de la Universidad y me hacía el encontradizo-, solía invitarme a tomar una taza de té negro en su casa. En nuestro tercer encuentro me preguntó por mi labor, ella ya sabía, desde el primer día, que trabajaba en una empresa de diamantes pero desconocía mis funciones y el nombre de la compañía. Le hablé de mi profesión, de los cristales y la cristalografía, de las facetas geométricas, de la belleza de la luz… Entonces se interesó por el nombre de la compañía. Pareció un interés más por mantener la conversación que por otras posibles razones. Respondí y ella se quedó paralizada por unos instantes. Estábamos en una conversación distendida, saboreando nuestras tazas de té y de repente, el abismo que tomaría cuerpo en las semanas siguientes. Noté su desazón y, naturalmente, le pregunté por su incomodidad. No es nada, dijo tras dejar su parálisis, simplemente he oído hablar de tu compañía.

No pensaba que fuéramos tan célebres, no somos una empresa especialmente conocida, y eso es algo que con el paso de estos días he llegado a comprender, por lo que insistí sobre la información que parecía poseer. Se escabulló de mis preguntas con evasivas, recovecos y dilaciones; incluso intentando cambiar el sentido de la conversación. Y finalmente me despidió de su casa, ya habíamos acabado el té negro, un poco desolada y, a la vez, desabrida.

Su respuesta emocional a la mía sobre mi filiación en la Veerglund Diamond NG me dejó sorprendido. Decidí investigar más en las razones de semejante desasosiego y le pregunté varias veces en los días siguientes, quizás obsesivamente, siempre que nos encontrábamos. En todas las ocasiones respondió con evasivas y unas pocas gotas de información: Unos amigos están interesados en el mundo de la joyería y me han hablado de tu empresa; se trata sólo de cuestiones comerciales; tu empresa tiene una bien merecida fama por la precisión de sus tallas; y otras vaguedades similares. Pensé que se trataba de espionaje industrial. Enfadado, dejé de verla durante tres días, si bien es cierto que se incluía esos días un fin de semana en los que no teníamos relación. Pero no pude dejar de pensar en ella.

Volvimos a encontrarnos. Me había enredado en su tela de araña y era incapaz de evitar pensar en ella y en sus palabras, así que volví a hacerme el encontradizo. Y sus primeras palabras dejaron la evidencia de que había hablado de mi existencia con sus compañeros, los aparentemente inversores o comerciales del mundo del diamante, y seguramente de común acuerdo habían decidido tantearme. Es lo que hizo, muy sibilinamente, tengo que reconocerlo. Comenzó hablándome de sus colegas sin dar excesivos detalles sobre su número, procedencia y otros pormenores personales, mezcladas con algunas alusiones a la Veerglund Diamond NG, dando a entender que andaban interesados en la compañía dónde prestaba mis servicios. Quise interpretar, al final de aquella primera aproximación, que sus amigos deseaban establecer algún tipo de acuerdo comercial y recababan información sobre la compañía. Obnubilado como estaba con Alice no me pregunté cómo era posible que quisieran llegar a acuerdos comerciales sin reunirse con la propia compañía. Todo lo contrario, me sentí ufano de poder ayudar a Alice. Me lo agradeció con una sonrisa de despedida y zanjé el tema.

Los días transcurrieron en conversaciones triviales salpicadas con algunas frases de Alice sobre mi empresa y sus amigos. Sin darme cuenta, cada frase suya me iba empujando al precipicio.

En ocasiones era yo mismo quién preguntaba por los progresos en las relaciones comerciales entre ambos grupos. Hasta que un día, comenzó a desempolvar algunos aspectos que me conducían a otros derroteros, directamente al infierno. Sus amigos no estaban interesados en la Veerglund Diamond NG por cuestiones comerciales. ¿Trabajáis con

diamantes al margen de la legalidad? ¿Cómo gestiona la Veerglund la venta de diamantes? No vendemos diamantes, simplemente los manufacturamos, fue mi respuesta que pretendía contundente. Veo que no estás muy al tanto de las actividades de tu empresa. Aquel día, sus comentarios me dejaron pensativo y preocupado. No podía tener razón.

Decidido a investigar la realidad de sus palabras, al día siguiente, en esta ocasión sin intentar simular tropezarme con ella, la esperé descaradamente en el rellano de la escalera. No se sorprendió al verme, sin saludarnos recogí la bolsa que traía del súpermercado, abrió la puerta de la mansarda que compartía con el forzudo y entré dentro. Explícame lo que me contaste ayer, espeté en cuanto cerró la puerta de la mansarda. Se dirigió a la cocina, preparó la tetera en silencio, y sirvió dos tazas de té negro. Entonces nos sentamos y descubrió sus intenciones. Las suyas y las de sus compinches, entre los que se encontraba su pareja, el colosal Carou.

Naturalmente, cuando supe que pretendían robar a mi compañía y lo que era peor, Alice estaba de acuerdo, dejé la taza de té en la mesa, me levanté y salí de su mansarda. No hizo nada por evitarlo, siguió sorbiendo su té negro como solía. Durante tres días me debatí en un marasmo de dudas e indecisiones. ¿Hablar con Mr. Goldsmith? ¿Acudir a la policía? En caso afirmativo… ¿Contar directamente los hechos? ¿Explicarlos subrepticiamente? Se podría pensar que, de haber decidido acudir a la policía o a mi propia empresa a pecho descubierto podría haberme trasmutado en héroe. Para ellos, quizás hubiera habido una mención en la prensa, pero para mí no era suficiente. Es muy probable que cualquiera de ellos, la propia policía, Mr. Goldsmith, otros, se hubiera apropiado de mi decisión y se hubieran presentado ellos como los héroes y yo como un mero accidente en el curso de los acontecimientos. Podía haber mandado mensajes anónimos, utilizando alguno de los nombres fantasma que he usado durante tanto tiempo, pero eso hubiera impedido mi llegada al Olimpo.

¿Dejar que la historia siguiera su curso? Valoré esta opción durante poco espacio de tiempo. Era una posibilidad que no me permitía acceder a ningún tipo de beneficio, aunque era la que mejor se adecuaba a mi personalidad.

Quedaba una tercera opción que consistía en asociarme al propio atajo de sinverguenzas. Junto a la opción de delatar a Alice y sus compinches, esta me provenía algún aprovechamiento. Quizás no para aparecer en los diarios o en algún programa de televisión, que es dónde aparecen los héroes actuales, héroes infames, todo hay que decirlo, pero sí para mi propia consideración. Medité esta posibilidad, frente a la anterior, durante un par de días y coloqué en una balanza los réditos de ambas. Claramente ganaba esta última, sobre todo al decidirme a donar mi parte proporcional del atraco y de los dineros obtenidos posteriormente con exclusivas en

revistas, apariciones en programas de entretenimiento y finalmente, por los derechos editoriales del libro, mitad ficción, mitad realidad, que escribiría en la soledad de mi celda. No sería el primer héroe encarcelado.

Había descubierto que tanto Alice como el gigante Carou todavía seguían viéndose en la Lycky Tavern y lo que era todavía peor: ambos me habían conducido hasta allí.

Pero a pesar de decantarme por este futuro, asociarme al atajo de indeseables, no acababa de dar el paso adelante. Que no era otro que volver a la taberna y darle mi conformidad al Mago para enrolarme en el grupo. La noche anterior sufrí una pesadilla que acabó por apuntalar mi decisión. En mis sueños, Alice seguía conviviendo con su hercúleo amante. Nunca he soportado un despertar más amargo que esa mañana. Pero ella estaba a mi lado. Me tranquilizó y compartí con ella mi decisión de aceptar la propuesta del Mago.

Todo se había deslizado inexorablemente hacia esa decisión. No supe verlo entonces y la rampa hacia el precipicio en la que se convirtió mi vida hasta estos últimos momentos. La salida intempestiva de Alice desde su piso para anunciarme que ya no quería seguir viviendo con Carou, su deseo de formar una pareja conmigo, nuestros primeros días en común, la adhesión al atajo de delincuentes, la presentación en sociedad en la Lucky Tavern, los preparativos, el atraco, el encuentro con Judith, la llegada del policía a la Veerglund, la ausencia de Alice y finalmente el acoso de los sicarios. Ya no me quedan fuerzas para continuar. Quería llegar a ser un héroe y he acabado siendo un cadáver al que nadie va a reclamar. ¿No es tragicómico?

Ya estoy muerto. Desde hace dos horas menos cinco minutos. Esos cinco minutos que faltan para ese par de horas que le he pedido para poder acabar la última entrega del último de mis héroes. Justo ese que trabajaba en una compañía de tallado y pulido de diamantes y que respondía por el nombre de Weber. Con él han muerto todos los héroes fantasma que pretendía ser.

El sicario ha llegado una vez está a punto de cumplirse el plazo de gracia que les he pedido. Tiene gracia, me cayó bien desde el principio. Sé que nadie leerá estas hojas, pero de alguna manera tengo que dirigirme a alguien imaginario para justificar mi pobre existencia. Sé que el Mago cogerá estas hojas y las romperá en cientos de pedazos.

Pero algo se me olvidaba. Mi verdadero nombre no es Weber, Weber es el nombre fantasma que hubiera escogido en el caso de haber sido necesaria su utilización. Pero ni siquiera participé en el atraco o en los movimientos posteriores. No he visto diamante alguno procedente del robo, tampoco he recibido compensación económica y ni siquiera mi nombre está en la gaceta. No parece que el atraco haya existido para nadie más que no

forme parte del atajo de inútiles que lo llevaron a cabo o para los dueños de la compañía y los sicarios contratados para acabar con nosotros, que en realidad no existían. Divago. Mi verdadero nombre es Maxime Rancoule, natural de Charleroi, de procedencia francesa, último descendiente de un antiguo desvalijador de alcobas que estuvo preso en la prisión de Het Steen, en la orilla del Escalda, a pocos kilómetros de dónde escribo esta nota. Maxime Rancoule, un nombre ridículo.

Decía que fui a abrir la puerta y cuando esperaba encontrarme con el sicario que desde hacía dos días veía a través de la ventana de mi mansarda o a través de los ventanales de la Veerglund, apostado en la acera de Pelikaanstraat, me encontré con el Mago.

En ese momento, respiré. Pobre idiota.